

SERVICIO
SECRETO

SS

SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

CHANTAJE ENTRE TIBURONES

**Ralph
Barby**



El viejo «Douglas», comprado en un saldo de las fuerzas militares norteamericanas y restaurado para el transporte de mercancías, runruneaba pesadamente.

Sus motores, demasiado engrasados para que no fallaran, rezumaban aceite. La velocidad de crucero era corta y el techo, bajo, relativamente bajo, no había posibilidad alguna de que colisionaran con ningún avión comercial que surcase los cielos oceánicos a gran altitud y velocidades subsónicas, pero rápidas.

La luna estaba en menguante, apenas se veía.



Ralph Barby

Chantaje entre tiburones

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1596

ePub r1.0

Lds 03.02.19

Título original: *Chantaje entre tiburones*

Ralph Barby, 1981

Cubierta: Jorge Núñez

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

El viejo «Douglas», comprado en un saldo de las fuerzas militares norteamericanas y restaurado para el transporte de mercancías, runruneaba pesadamente.

Sus motores, demasiado engrasados para que no fallaran, rezumaban aceite. La velocidad de crucero era corta y el techo, bajo, relativamente bajo, no había posibilidad alguna de que colisionaran con ningún avión comercial que surcase los cielos oceánicos a gran altitud y velocidades subsónicas, pero rápidas.

La luna estaba en menguante, apenas se veía.

El cielo estaba plagado de nubarrones y no hacía viento, había una calma extraña que podía presagiar una tormenta.

—Bruno, ¿me oyes?

—Sí, viejo caracol, te oigo —respondió la voz desde el otro lado del hilo, un hilo que iba desde el viejo «Douglas» al planeador que remolcaba al extremo de un cable.

De esta forma, nadie más podía oír su conversación aérea; otra cosa hubiera sido telecomunicarse a través de las ondas.

—Veo la luz roja de la chicharra.

—Aléjate, yo también la veo —advirtió el piloto del planeador que a través del cristal de la carlinga, sobre la negrura del océano, pudo ver las luces de señalización instaladas en lo alto de la torre de extracción petrolífera.

—Aquí torre «Aria», aquí torre «Aria» llamando al aparato que vuela...

El piloto del «Douglas» cortó la audición del emisor de la torre petrolífera y le dijo al piloto que le seguía detrás, a bordo del planeador:

—Voy a soltarte.

—De acuerdo.

—Suerte.

Movió una palanca y el cable de arrastre se soltó, incluido el hilo del telecomunicador.

El renqueante «Douglas» se alejó mientras el operador de radio de la torre de extracción petrolífera trataba de comunicarse con él para identificarle sin conseguirlo.

El avión de largas alas, sin motor que lo impulsara, quedó libre en el cielo nocturno, un cielo en el que apenas se veía nada, ni siquiera las estrellas porque los nubarrones las ocultaban.

El silencioso planeador, pintado de negro, volaba en amplios círculos descendentes formando una imaginaria espiral en torno a la torre de extracción petrolífera.

La plataforma hundía sus largas patas en las aguas frías del norte de Europa mientras dos docenas de obreros especialistas en plataformas marinas de extracción petrolífera, visionaban un filme en la pantalla que tenían a su disposición para distraerse.

El piloto era hábil en el manejo del planeador que se disolvía en la negrura de la noche.

Había que tener la sangre muy fría para descender y descender, ya estaba por debajo del nivel de la gran plataforma petrolífera. Al fin, tocó el agua y las alas se desprendieron del resto del fuselaje que quedó convertido en una extraña nave que casi parecía un enorme torpedo.

El aterrizaje se había resuelto sin problemas.

El piloto furtivo, convertido ahora en navegante marino, abrió la carlinga. Iba ya vestido con un traje de neopreno. El planeador sin alas se balanceaba sobre las aguas, sin volcar gracias al timón de cola y a un lastre que le había surgido a modo de quilla.

Aquel hombre llevaba consigo unas botellas de aire comprimido que se colocó a la espalda, no sin dificultades debido al reducido espacio en que se movía.

Se calzó los pies de rana y se dejó caer al agua de espaldas con el llamado «salto de riñón».

Ya en el agua, abrió la proa del planeador y de su interior extrajo un motor eléctrico de arrastre subacuático. Aquel artefacto era mucho mayor que los utilizados por los hombres rana habituales que descendían a las profundidades para estudiar los fondos

marinos o filmar películas.

El planeador era de los tipos grandes utilizados en la segunda guerra mundial para el desembarco de tropas aliadas en zona enemiga, por lo cual podía llevar un peso considerable.

No poseía capacidad de elevarse, sólo de planear en descenso el máximo de tiempo posible y siempre que las corrientes de aire lo favorecieran.

Aquella noche, el planeador adaptado para la extraña misión que se estaba llevando a cabo, sólo había tenido que planear en descenso, en espiral y en un corto radio de acción; no más de cinco minutos había tardado en tomar contacto con las negras aguas oceánicas.

Aquella especie de torpedo tras el cual iba cogido el hombre rana, manejándolo, enfiló hacia la plataforma petrolífera, apuntando hacia una de sus colosales cuatro patas que se hundían varias docenas de metros en las profundidades marinas para darle la estabilidad suficiente.

Al llegar junto a ella, se hundió expresamente, encendiendo un foco incorporado al singular torpedo. Rozó las vigas que componían la pata y detuvo el ingenio. Buscó un lugar apropiado para introducirlo entre el vigamen metálico que componía una de aquellas gigantescas patas sobre la que se sostenía la plataforma petrolífera y por el hueco introdujo el torpedo. Lo trabó entre las vigas para que no pudiera separarse de donde lo había colocado por causa de las corrientes marinas.

Apagó la luz submarina y hundió hasta el fondo un botón. Luego, se apartó, alejándose a nado. Su traje negro le hacía invisible a posibles miradas indiscretas desde lo alto de la plataforma.

Allí había obreros del petróleo durmiendo, otros trabajando y otros visionando una película hablada en francés y con subtítulos en inglés.

El hombre rana se alejaba más y más hasta encontrar el planeador partido, gracias a un emisor de sonidos intermitentes igual a los utilizados en la caza de la ballena, pequeños emisores que se clavaban en el animal muerto y que se dejaban flotando para que los remolcadores pudieran encontrarlas sin dificultad.

Subió a la carlinga del planeador al que ya faltaba parte del mismo.

Dio un tirón a un cable y se puso en marcha un motor náutico que llevaba cerca de la cola. La hélice giró aprisa y ya no le importó hacer ruido, lo importante era alejarse, alejarse...

Boooooom...

La explosión se transmitió por las aguas hacia arriba, produciéndose como un gran surtidor lleno de espuma y salida de gases. Fue algo que duró muy poco tiempo y que ninguno de los obreros llegó a ver porque ocurrió bajo la plataforma propiamente dicha.

Sonó una sirena de alarma cuyo sonido se expandió en torno a la gigantesca torre flotante que, de pronto, comenzó a inclinarse hacia uno de sus lados.

Escoraba sobre la pata partida bajo las aguas y, volcaba arrastrando de forma espectacular a los obreros del petróleo hacia las oscuras aguas oceánicas.

También el helicóptero allí estacionado cayó al agua sin que nadie hubiera tenido tiempo de saltar a su interior y ponerlo en marcha.

La catástrofe estaba provocada.

La sirena dejó de ulular y la plataforma se sumergió, asomando gran parte de una de las gigantescas patas fuera del agua.

Nadie sabía lo que había ocurrido, pero se oían voces en varios idiomas pidiendo auxilio en medio de la confusión y la oscuridad de una noche en la que casi no había luna.

La muerte estaba con aquellos hombres mientras grandes chorros de petróleo comenzaban a subir a la superficie, cubriéndola rápidamente. Algo chisporroteó y se produjo un pequeño incendio.

Debieron inflamarse los gases liberados del petróleo mientras los otros compuestos más pesados flotaban sobre las aguas formando una gran mancha que se incendió también, provocándose un gigantesco incendio en el océano.

Fue inútil que los hombres intentaran huir nadando; la mancha de aceite les alcanzó, les empapó y el fuego hizo el resto.

Aquella fue la noche más luctuosa, no sólo para la United Petroleum Corporation sino para todo el mundo de los trabajadores del petróleo, mientras un asesino muy experto en el sabotaje huía en su extraño artefacto, primero planeador y luego convertido en una lancha.

Al volver la cabeza, ya muy lejos, el asesino pudo ver el gigantesco incendio en la mar; había provocado un infierno en aguas frías.

CAPÍTULO II

El motorista llevaba bien apretados entre sus piernas, como si fuera una hermosa hembra, novecientos centímetros cúbicos de potencia que, sin embargo, rugían con una suavidad diez veces menor que los ruidosos ciclomotores de dos tiempos sobre los cuales muchos seres sin demasiada conciencia se dedicaban a reventar la paz de su prójimo, especialmente cuando les quitaban el silenciador.

Las gruesas ruedas giraban y giraban a gran velocidad mientras el hombre que ocultaba su cabeza dentro del casco protector con visera de duro plástico, sorteaba a los automóviles que encontraba en su camino, rebasándolos hábil y suavemente, sin brusquedades.

Todo él era negro. La cazadora de piel, sus pantalones, la motocicleta, los guantes... Era difícil saber si tenía prisa o estaba practicando el deporte de la velocidad sobre dos ruedas.

Su seguridad sobre la potente máquina era grande. Llamaba la atención de los viajeros de la carretera que le veían pasar como algo extraño, todo oscuro, sin poderle ver la cara. Era casi un alienígena para los automovilistas y sus acompañantes.

—Papá, ¿tú puedes ir más aprisa que él? —preguntó una niña.

—No, hija, no, tengo que cuidar de ti y de mí —le respondió su padre, al volante de un poderoso y lujoso automóvil que podía acelerar mucho más, pero prefería circular a una marcha moderada mientras el motorista se perdía en la lejanía por delante de ellos.

Mientras, un maestro de ceremonias, correctamente vestido, daba acceso a los recién llegados al saloncito del lujoso yate atracado en el embarcadero *Royal Sport*.

Llegaban hombres de distintas edades, acompañados de sus esposas e incluso, dos de ellos, de sus hijas. Sus indumentarias, aunque deportivas, eran de gran calidad.

Las mujeres se saludaban entre ellas, muy afectuosas, besándose en las mejillas.

Los hombres se estrechaban las manos y se daban palmaditas en la espalda, pero sus rostros no estaban alegres; los había de distintas nacionalidades y eso se notaba por su simple aspecto físico, aunque todos ellos vestían con lujo y elegancia.

El capitán del hermoso yate se acercó a un hombre de cabellos blancos y elegantemente vestido, con un pañuelo anudado en torno a su cuello.

—*Sir* Hotmont, ¿cuándo desea zarpar?

Sir Hotmont, en vez de mirar el rostro del capitán, observó su reloj de oro y luego le ordenó:

—Ponga en marcha los motores, partiremos dentro de unos minutos.

—¿Quitamos las amarras?

—Peterson se lo comunicará de inmediato.

—Lo que usted mande, *sir* Hotmont.

Sir Hotmont se dirigió a popa y de inmediato se le acercó Peterson, el relaciones públicas que estaba actuando como maestro de ceremonias.

—¿Están todos a bordo, Peterson?

—Todos, no, *sir* Hotmont, todos no.

—¿Cuántos faltan? —preguntó, mirando a lo lejos hacia donde se hallaban estacionados los lujosos automóviles.

—Uno, *sir* Hotmont.

—¿Diavolo?

—Exacto, *sir* Hotmont, ese personaje llamado Diavolo.

—Pues, ahí viene.

Peterson miró en la dirección señalada y divisó a un motorista vestido de negro sobre una máquina también negra, una motocicleta que, en vez de detenerse, se dirigió hacia la pasarela.

Dos hombres que estaban en el muelle, vigilando y controlando la entrada del yate, quisieron interponérsele, pero el motorista se filtró entre ellos y con su máquina de casi mil centímetros cúbicos, subió por la pasarela.

Ellos sacaron sus armas, pero desde lo alto del yate, Peterson les hizo una seña con la mano.

El personaje negro de la potente moto paró el motor justo al

lado de *sir* Hotmont y Peterson.

No se quitó el casco que le cubría la cabeza, ni la visera que le ocultaba el rostro.

—Es un placer volver a verle, *sir* Hotmont.

—Diavolo, podía haber llegado usted de una forma menos espectacular.

—Peterson...

—¿Sí, *sir* Hotmont?

—Dígale de mi parte al capitán que ya puede soltar amarras y zarpar.

—Inmediatamente, *sir* Hotmont.

Peterson se alejó mientras sobre la cubierta de popa, el extraño hombre seguía montado en su motocicleta. Desde unas ventanas, unas mujeres le observaron con curiosidad y cuchichearon entre ellas.

—Temí que no hubiera recibido el aviso que le envié, Diavolo.

—Dígame, *sir* Hotmont, ¿se trata de la tragedia de la plataforma petrolera?

—Sí. Cuando estemos en alta mar, celebraremos una junta extraordinaria de la United Petroleum Corporation con la presencia de algunos interesados en el tema.

—¿Y usted va a proponer que yo me encargue de esta misión?

—Sí, sabe que tengo confianza en usted, pero recuerde que nadie va a protegerle en nada y para nada, por eso es mejor que mantenga el incógnito de su identidad.

—¿Tiene un camarote para mí?

—Sí, claro que sí, yo mismo le conduciré a él.

Dejó la motocicleta sobre el caballete y pidió:

—Que la sujeten, pero que nadie la ponga en marcha, se llevarían un disgusto si lo hicieran.

—¿Un disgusto? —preguntó *sir* Hotmont.

—Sí, podría estallar.

—Cáspita... ¿Y por qué ha subido esa máquina tan peligrosa a bordo?

—¿Cree usted que es más peligrosa que las decisiones que puede tomar la junta de la UPC?

—Muy irónico, Diavolo, venga conmigo y no tema por su máquina suicida, se la mimarán.

—Eso espero.

Acompañado por el mismísimo *sir* Hotmont, propietario de aquel magnífico yate, se dirigió al camarote que le destinaban.

A su paso, a través de una ventana, se encontró con el rostro joven y hermoso de una mujer. Diavolo la miró a los ojos y le parecieron tan atractivos como dos pasajes para las Hawai a un minero galés. Sin embargo, ella no pudo ver los ojos del hombre ya que permanecían tras el protector de plástico superduro color fumé.

—El camarote no es muy grande, pero se encontrará bien. No abra la puerta a nadie, aquí tiene un teléfono y ya le advertirán de antemano que le traen comida.

Diavolo depositó sobre la litera la bolsa que llevaba consigo y que había sacado del portapaquetes de la motocicleta.

El motor del yate runroneó suavemente y se fue apartando del muelle.

Luego, cuando hubo puesto proa hacia la desembocadura, avanzó, aumentando la velocidad y dejando una amplia estela tras de sí.

Ya en alta mar, se reunieron doce hombres, uno de ellos árabe.

La presidencia no la ocupaba *sir* Hotmont como cabía suponer, si no un americano de rostro grueso y sanguíneo que protegía sus ojos con cristales montados al aire sobre platino. Eran cristales tan brillantes que casi en todo momento parecían espejos y ocultaban los ojos del financiero ejecutivo al que todos llamaban *míster* Grass.

El era el representante oficial del grupo bancario norteamericano que tenía el mayor paquete de acciones de la United Petroleum Corporation.

Si antes todos habían tratado de disimular su preocupación, su inquietud, el malhumor afloraba ya sin ambages en los rostros contraídos de los presentes.

—Si estamos todos —dijo *míster* Grass con su voz bronca y un marcado acento tejano—, *sir* Hotmont, abra esta junta extraordinaria de la United Petroleum Corporation.

—Como quiera, *míster* Grass —aceptó *sir* Hotmont que actuaba como secretario en la junta de accionistas mayoritarios—. El orden del día tiene un único punto: La tragedia de la plataforma «Aria» número siete cero cinco. Hay que buscar soluciones al problema, posturas ante la información mundial y ante los gobiernos

implicados en esta grave tragedia. —Sin mirar a nadie, añadió—: También hay que buscar a los culpables por nuestra cuenta y riesgo.

Al hacer silencio *sir* Hotmont, el norteamericano juntó sus manos gruesas, de dedos cortos.

—Empecemos, al grano. ¿Alguien tiene algo que decir?

El árabe habló en tono muy bajo, exponiendo la preocupación del grupo al que representaba.

Un suizo muy rubio y de tez sonrosada, de ojos casi albinos y unos labios que parecían pintados, puntualizó:

—El montante de pérdidas económicas, incluyendo las vidas humanas, asciende a...

—No hace falta que se moleste en concretar las cifras —le atajó el norteamericano, presidente de la junta—. Abrevie, por favor.

—Bien. El grupo asegurador al que represento opina que debe retenerse el pago de los daños hasta que se efectúe una investigación a fondo y se encuentren culpabilidades.

—No insinuará que no van a pagar, ¿verdad? —preguntó el americano, con una sonrisa que implicaba amenaza.

El suizo puso también una sonrisa helada en su boca de muñeco antes de decir:

—En absoluto, *míster* Grass. El grupo asegurador es solvente, pero es lógico que se mantenga a la espera de la investigación oficial que están realizando los gobiernos de la Gran Bretaña, Suecia y Noruega debido a la situación geográfica de la tragedia.

—Demasiadas policías —gruñó *míster* Grass— no sacaremos nada en limpio.

—Aquí, de nada serviría que enviaran al FBI —opinó en un tono despectivo que no escapó a *míster* Grass.

—Caballeros, este asunto hay que solucionarlo cuanto antes. La United Petroleum Corporation comenzaba a obtener beneficios, pero todavía no tantos como para cubrir las graves pérdidas sufridas, pérdidas que se van acumulando hasta que no se consiga taponar el escape de petróleo.

—Que por otra parte, está contaminando el mar —objetó *míster* Hotmont.

—Sí, claro, claro. Veremos todas las posibilidades de que la plataforma afectada pueda ser reparada y puesta de nuevo en funcionamiento.

Otro de los presentes dijo:

—Aún no ha llegado el informe del gabinete de ingeniería.

—Pues que se den prisa. Hay que conocer el volumen de pérdidas con detalles y las posibilidades de recuperación. El grupo al que represento quiere beneficios, no pérdidas y tampoco pérdidas de tiempo que también son petróleo, que es lo mismo que decir «oro».

Sir Hotmont carraspeó; todos le miraron y él habló.

—Debemos tener en cuenta el chantaje de que hemos sido objeto.

—¿Chantaje? —repitió el suizo, representante del grupo asegurador.

—Sí, en la junta ordinaria se expuso. Lógicamente, usted no estaba aquí, pero se expuso.

Míster Grass intervino para puntualizar:

—En todas partes se reciben multitud de amenazas, es normal dentro de esta clase de asuntos. Siempre hay locos que amenazan con matar o sabotear esto o aquello si no se pagan determinadas cantidades. Una amenaza más no iba a tenerse en cuenta.

—¿Hay seguridad de que ha habido sabotaje? —insistió el suizo.

Míster Grass contestó:

—No se haga el tonto. Todos sabemos que ha sido sabotaje, aunque oficialmente no se haya dicho nada y el grupo policial que interviene aparta a los periodistas del lugar. Son muchos muertos.

—¿Y qué sucede con esas amenazas?

—Por los primeros informes que poseemos —comenzó a decir *sir* Hotmont— el saboteador o saboteadores, me inclino más por esto último, es gente muy preparada y con muchos medios. No se hunde una plataforma marina de extracción petrolífera con una simple carta-bomba.

El suizo inquirió:

—¿Las exigencias de este chantaje, a través de qué medios se han llevado a cabo?

—Todos miraron a *sir* Hotmont.

—Por correo certificado a mi nombre. Es obvio decir que yo he pasado estas misivas a la junta y, como no era la primera vez que se nos exigía un alto pago bajo amenazas de sabotaje, fue desestimado en la junta.

—¿Se tomaron medidas? —preguntó el suizo.

—Naturalmente que sí —exclamó ahora míster Grass—. Pero es muy difícil evitar un sabotaje cuando es llevado a cabo por especialistas que saben muy bien lo que llevan entre manos.

—¿Y quiénes pueden ser esos especialistas? —preguntó el suizo.

—La policía tratará de investigar y capturar a los culpables —dijo el francés del grupo.

El suizo, más escéptico, opinó:

—Para estos casos internacionales no creo en la policía. No es que dude de su efectividad, pero hay varios países implicados y si el asunto tiene una base política, no habrá forma de esclarecerlo y todo serán pérdidas.

Sir Hotmont levantó la mano discretamente. Con su voz siempre medida, propuso:

—Someto a votación una moción.

—¿Cuál? —interrogó míster Grass.

—Pagar a un profesional internacional para que descubra a los culpables. Naturalmente, todo lo que haga será por su cuenta y riesgo. Si actúa al margen de la ley en algún país, no importa cual, será su problema si lo atrapan y encarcelan.

El árabe, con su tono bajo, casi confidencial, preguntó:

—¿Sólo descubrir a los culpables, y el castigo qué?

—Al respecto propondré una segunda moción —replicó *sir* Hotmont—, pero sólo hablaré de ello cuando el profesional haya sido aceptado para actuar como investigador en este caso. Es evidente que ha habido muchas pérdidas económicas y humanas; además, no vamos a dejarnos chantajear y coaccionar por el primer grupo de terroristas que se lo proponga. Si lo hiciéramos, demostraríamos debilidad. Sé que lo que voy a decir no es muy ético, pero como este asunto es de orden internacional, someternos a la ley de un país determinado no es posible y tampoco solucionaría nada. Propongo que nos tomemos la ley por nuestra cuenta en este caso concreto y específico, naturalmente.

La propuesta de *sir* Hotmont fue sometida a votación y aceptada por mayoría.

Míster Grass, antes de emitir su voto, el de presidente, preguntó:

—¿El profesional está seleccionado ya?

—Sí.

—¿Quién es?

—Diavolo. ¿Les suena?

—A mí, sí —asintió el jeque árabe.

—He oído que ese personaje es de cuidado, lo que ignoro es si trabaja solo o en grupo —observó mister Grass.

—No lo sé, ni creo que él lo diga; la forma de trabajar es cuenta suya. Es posible que tenga contactos con algunas policías o confidentes o centros de investigación privados, el caso es que él se hace a sí mismo responsable de todo y puede moverse de forma internacional sin problemas. —Sacó un pequeño telecomunicador, estiró la minúscula antena y apretando un botón, llamó—: Diavolo, ¿puede venir a la sala de juntas? Peterson le acompañará.

No esperó ni hubo respuesta.

El suizo preguntó:

—¿Está a bordo?

—Lo prevengo todo —dijo *sir* Hotmont—. Por supuesto, de no haber sido aceptada la moción, no lo habría llamado como acabo de hacer.

Se oyeron unos golpecitos en la puerta. Luego se abrió y apareció Peterson que se hizo a un lado para que apareciera el motorista de elevada estatura, vestido de negro con casco incluido y ocultando su rostro tras el plástico transparente color fumé que no permitía verle con claridad.

—Parece un extraterrestre —gruñó el suizo.

CAPÍTULO III

Al grupo de cuatro mujeres le había intrigado mucho la presencia del motorista que había subido a bordo del yate con su máquina, sin descubrir su rostro.

—¿Quién es? —preguntó la esposa del suizo. Había rebasado los treinta y poseía un físico agradable, un rostro inteligente y si bien parecía fría, no debía serlo.

—Quién sabe, a lo mejor es un marinero, habrá que preguntárselo a *sir* Hotmont —respondió la esposa del director general de ingeniería.

Evel, cuidada y muy hermosa, la más joven del grupo, denegó:

—Mi abuelo *sir* Hotmont dice que no es ningún marinero y que será mejor que no me preocupe de ese personaje.

—Quizá eso le haga más interesante —observó Sandy, secretaria personal de *míster* Grass.

La máquina aparecía a bordo cubierta por una lona impermeabilizada mientras el sol del atardecer la acariciaba.

El sol se fue ocultando y la cena se llevó a cabo en el saloncito.

Era como si nada hubiera ocurrido; el yate llevaba rumbo al lugar de la tragedia para que los altos dirigentes de la United Petroleum Corporation pudieran ver lo ocurrido con sus propios ojos y los trabajos de recuperación sin que ellos fueran molestados.

Delegados de cada grupo hacían comentarios a las prensas respectivas de cada país sobre el sentimiento de la compañía UPC por la tragedia ocurrida.

Los miembros del grupo se conocían, eran gente importante todos ellos. Tenían amasada una buena cantidad de millones en distintas monedas internacionales, dinero que no poseían en sus cuentas los muertos en el sabotaje de la plataforma petrolífera.

La alta, esbelta y bien formada secretaria personal de míster Grass, se hizo con una botella de champaña y dos copas, escapándose por un corredor. Había averiguado en qué camarote se hallaba el extraño motorista que no se dejaba ver.

Ya frente a la puerta del camarote y tras comprobar que no había nadie en el corredor, llamó con cautela, empleando los nudillos. Esperó, mas no hubo respuesta.

—Sé que está ahí, ábrame —dijo pegando su oreja a la puerta, como para poder oír la respiración del hombre.

La puerta se abrió tan inesperadamente que la sorprendió.

Una mano fuerte la cogió y la entró en el camarote. Se encontró a oscuras pero no sola. Pudo oír que el cerrojo era puesto en la puerta.

Su olfato le advirtió que el hombre estaba cerca, muy cerca de ella.

—¿Por qué no enciendes la luz?

—Imposible —respondió la voz varonil y bien timbrada.

—¿Por qué imposible?

—He quitado la bombilla.

—¿Para qué no te descubran por sorpresa?

—Más o menos.

—¿Por qué quieres ocultarte?

—Para que las curiosas como tú no me señalen allá donde me encuentren.

—¿Quién eres?

—No me digas que no lo sabes.

—No, no lo sé.

—Mientes.

—No miento.

—Tú eres Sandy, la secretaria de míster Grass.

—Vaya, tú sí que tienes ojos de gato. Yo aún no te he podido ver la cara.

—¿A qué has venido a este camarote?

—A curiosear.

—¿Con champaña y dos copas?

Ella no se sentía cogida, pero tampoco podía moverse mucho dentro del pequeño camarote que, aun siendo de noche, tenía la persiana bajada.

Sandy no comprendía como él podía ver en aquellas circunstancias y el caso era que estaba segura de que él la veía, no en forma perfecta pero la veía, mientras que ella que procedía de la luz eléctrica se encontraba en período de adaptación y no veía más que oscuridad.

—Hemos pensado que estarías solo y aburrido.

Ella notó que las manos de él le quitaban las copas y la botella de champaña. Le dejó hacer. Pudo oír el descorche, luego la salida de la bebida. Jamás había oído escanciar la champaña, siempre había empleado el sentido de la vista y no el del oído.

—Levanta la mano —pidió él.

Ella alzó su mano y notó que le colocaban entre los dedos el talle de cristal de la copa. Estaba frío, húmedo.

—¿Brindamos? —preguntó la mujer, demostrando gran aplomo.

—Bueno. ¿Por qué?

—Porque consigas lo que te propones.

—¿A largo o a corto plazo?

—Siempre —musitó ella.

—¿Por qué has venido, Sandy?

—No sé, me atraen los desconocidos.

—A algunas mujeres os gusta tanto la aventura que no dudáis en meteros en las fauces del lobo.

—Uy, qué miedo.

—Supongo que te ha pasado la edad de tenerle miedo a los hombres. ¿Me equivoco?

—¿Me estás llamando vieja? —inquirió, desafiante.

Sandy sintió que la mano del hombre se posaba sobre su cuerpo, palpándolo, acariciándolo. Ella notó que comprobaba la dureza de sus senos. Al fin, comentó:

—Pareces un maestro.

—¿Y tú estás deseando conocer la calificación que mereces?

—¿Por qué no?

—Notable.

—¿Sólo? —inquirió ella con un mohín de preocupación.

—Digamos que todavía puedo calificarte mejor.

—¿Por qué no bebemos un poco antes de seguir con el examen?

Las copas entrechocaron ligeramente.

Sandy ya veía algo más en aquella oscuridad casi total; divisaba

la silueta del hombre. Sabía que era fuerte, relativamente joven y temerario a juzgar por como había subido la pasarela del yate con su potente motocicleta.

Su voz le parecía enervante, subyugadora. Se sintió cogida por el cuello y besada en los labios. Cuando iba a entregarse totalmente a la caricia, él separó su boca de la de ella y preguntó:

—¿Te ha enviado míster Grass?

—¿Cómo dices?

—Si tu patrón te ha dicho que vinieras.

—No.

—¿Vienes por tu cuenta y riesgo?

—¿Y por qué no habría de ser así?

—Sabes cómo me llaman, ¿verdad?

—Diavolo.

—Eso es.

—¿Eres un diablo de verdad?

—Sólo un hombre que se mete en líos.

—Pero ¿tú eres inglés, italiano, americano...?

—¿Qué más da? Soy un hombre de este planeta al que encomiendan trabajos difíciles.

—Te pagarán bien.

—Sí, muy bien, pero si me matan, nadie va a llorar por mí.

—¿Nadie, absolutamente nadie?

—No.

—¿Estás solo? —inquirió la joven, enronqueciendo su voz cada vez más.

El volvió a besarla en los labios y notó su palpitante ansiedad.

Rrrrrasssss... Fue un ruido rápido y suave, la cremallera del vestido de Sandy era de calidad y no se trabó.

* * *

El yate había bordeado la costa hasta detenerse en un embarcadero deportivo a altas horas de la madrugada.

La maniobra fue tan suave que ni siquiera rozó los neumáticos de protección.

La pasarela de madera que se hallaba izada descendió como si fuera el paso de un puente levadizo. Runruneó un motor poderoso,

de motocicleta y una figura oscura se deslizó por la pasarela. Las ruedas saltaron al empedrado del muelle y la pasarela fue izada de nuevo.

El lujoso navío, sin que sus pasajeros se hubieran dado cuenta de nada, regresó a alta mar con un ligero balanceo.

Sandy, tendida en la litera, abrió los ojos.

El camarote olía a amor, a hombre, pero Diavolo ya no estaba allí.

Su figura oscura sobre la poderosa máquina de dos ruedas se alejaba por una estrecha carretera que el potente foco iluminaba.

Sandy levantó la persiana de la ventana y a lo lejos vio lucecitas; no sabía dónde estaba y miró la hora.

—Casi las tres y media. Hum, Diavolo, Diavolo...

CAPÍTULO IV

El luminoso del hotel Saki no era estridente. La fachada estaba limpia, la verja repintada y en general ofrecía un buen aspecto.

Jean-Louis subió la escalerita, empujó la puerta giratoria y se halló en conserjería, frente a una mujer de aspecto fuerte que pretendía ser elegante sin conseguirlo plenamente.

Tenía autoridad en sus modales, se le notaba. Era una matrona de ojos calientes, no podía remediarlo, era más fuerte que sus condicionamientos sociales; sin embargo, conseguía sobreponerse aunque a duras penas cuando se le ponía delante un hombre como aquél, alto, bien formado, de espaldas atléticas, aspecto delgado y rostro ligeramente despectivo y algo cínico.

—Lo siento, míster, éste es un hotel exclusivamente para señoras.

Jean-Louis sabía muy bien que en aquel hotel solo había mujeres. Su aspecto era honorable y la policía jamás había tenido pleitos allí dentro; sin embargo, Jean-Louis sabía más, mucho más del hotel Saki.

—Lo sé, habitaciones para mujeres, solteras, viudas, casadas o divorciadas. No se admiten hombres en las habitaciones.

—¿Tiene alguna pariente hospedada aquí? —preguntó la conserje y al mismo tiempo directora del hotel, apoyando sus codos en el mostrador, como invitándole a no tener prisa para que se marchara. Después de todo, mientras él no pasara del vestíbulo, no transgredía ninguna de las normas del establecimiento.

—Quiero hablar con la vieja.

—¿La vieja? —repitió en tono de pregunta y poniéndose a la defensiva.

—*Mistress* Cook, que es lo mismo.

La directora del hotel frunció el ceño, estaba en guardia.

—¿Y por qué crees que va a recibirte?

—Porque necesito consejo y ella puede dármelo.

—¿Consejos tú? —preguntó, desconfiada y burlona al mismo tiempo.

—¿Por qué no? Todos tenemos momentos de baja forma.

—Si quieres, esos consejos puedo dártelos yo.

—Prefiero que me los dé la vieja.

—Bueno, si tanto te empeñas, aunque no sé si estará.

—Di mejor si querrá recibirme.

—Vas al grano.

—Con las mujeres siempre voy al grano.

—Machito, ¿eh?

—Para servir a las que me gusten.

—¿Sólo gustar o puede haber interés de money por medio?

—¿Tú crees que tengo cara de pagar?

Aquella matrona le miró de arriba a abajo, sus ojos se habían vuelto más cálidos aún. El juego de palabras semejaba excitarla.

—Bueno, pagar, pagar, no, pero quizá cobrar, sí.

—No me digas que tú pagarías —rezongó él, moderadamente jocoso.

—Si tienes problemas, yo podría ayudarte, aunque siempre hasta cierto límite, claro.

—Vamos, que todavía no estoy a las últimas.

—¿Ah, no? —preguntó ella, como dándoselas de lista.

Jean-Louis sacó un fajo de billetes y puso uno de cinco libras sobre el mostrador. Ella le miró a los ojos, puso la mano sobre el billete y, sonriente, dijo:

—Veré si está levantada la vieja. ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Con Jean-Louis es suficiente; me envía un amigo.

—¿Y cómo se llama él?

—Shorensen.

—Bien, se lo diré a la vieja, descuida.

Aquella matrona, que debía ser muy exigente en la dirección del coqueto hotel, regresó al vestíbulo y le hizo una seña con el dedo a Jean-Louis para que la siguiera.

El hombre pasó a una salita primero. La mujer abrió otra puerta,

anduvo no más de siete u ocho pasos por un corredor y abrió una segunda puerta que daba acceso a otra salita desde la que se podía vigilar la calle.

La salita era algo recargada, cretonas, terciopelos, alfombras, mucho color y olor a té birmano.

En una butaca, frente a una mesita llena de pequeños cachivaches y un samovar ruso que el hombre imaginó auténtico, había una mujer.

Era realmente vieja. Tenía la cara chupada y muy blanca, quizá por un exceso de polvos de arroz, y el cuerpo algo obeso. No debía ser alta y sobre su cabeza lucía unos rizos pelirrojos.

Aquella mujer tenía algo de gallina vieja. Sus ojillos pequeños y redondos escrutaron al hombre y dibujó una sonrisa artificial en su rostro muy maquillado, un maquillaje que impedía calcular su edad con cierta exactitud.

—¿Un té? —invitó.

—Sí, ¿por qué no?

—Siéntese.

Jean-Louis tomó asiento. Miró a la matrona que dirigía el hotel por cuenta de *mistress* Cook y ésta sonrió pero no se marchó.

—¿Decía que quería pedirme un consejo?

—Sí, pero ¿va a estar ella presente?

—¿Vergonzoso? —rezongó la directora del hotel.

—No, pero prefiero hablar a solas con *mistress* Cook.

—Verónica, puedes marcharte.

—Sí, *mistress* Cook. Si necesita algo, sólo tiene que llamarme.

La vieja asintió con la cabeza.

Cuando la directora del hotel se hubo ido, *mistress* Cook tendió a Jean Louis un álbum grande encuadernado en pergamino. El hombre lo miró por encima y ella le pidió:

—Ábrelo.

Abrió el álbum y vio grandes fotografías a todo color de chicas jóvenes, totalmente desnudas y en las posturas más dispares, con ligeros e insinuantes velos. Lo cierto es que aquellas fotos no tenían nada, de grosero, eran más bien artísticas. El fotógrafo debía ser un excelente profesional.

—Estupendas.

—Puedes elegir la que quieras, pero ya sabrás que aquí en mi

hotel, nada. Ellas irán adonde tú indiques. Si es fuera de Inglaterra, tarifas especiales.

—Bueno, son estupendas, pero no es lo que me interesa ahora.

Mistress Cook no parecía inmutarse fácilmente. Preparó té para el hombre y tomando unas pinzas, preguntó:

—¿Pastas?

—Sí, un par, no demasiado azucaradas.

—Bien.

Le sirvió el té; no era la hora adecuada, pero aquella mujer debía ser una adicta al té y hasta quizá prescindiera de la cena sustituyéndola por cuatro o cinco tres con pastas.

Cuando le hubo servido, tomó el álbum entre sus manos y lo guardó cuidadosamente bajo una mesita que tenía al alcance de la mano. Sacó otro rojo.

—Quizá éste sí sea de tu interés.

Jean-Louis iba a rechazarlo, pero miró los ojillos redondos de la vieja y, tomándolo, lo abrió. También estaba lleno de fotografías que podían calificarse de artísticas, pero eran hombres, efebos en posturas parecidas a las de las chicas.

Los había con senos abultados, con cabellos angelicales y hasta algunos a los que no se les veían los genitales.

—No, no me interesa.

Cerró el libro, devolviéndoselo.

Ella semejó parpadear por primera vez, mirando perpleja al hombre mientras apretaba el álbum entre sus manos.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

—Verá, *mistress Cook*, tengo urgencia por entrevistarme con Shorenson.

—¿Entrevistarte con Shorenson?

La vieja parecía asombrada.

—Shorenson, más conocido por «el Canguro», viaja mucho y sé que utiliza sus servicios, *mistress Cook*.

—Si tú lo dices, así será.

—Quiero que me diga si está en Australia, en el Líbano, en Miami o aquí en Londres.

—No lo sé. Es una información que no puedo facilitarte, lo siento. La verdad, no entiendo por qué has recurrido a mí.

—Usted sabe dónde puedo encontrar a Shorenson porque le

proporciona las chicas en cualquier parte donde él esté. Se fía de usted porque tiene un negocio bien montado a escala internacional para multimillonarios, claro.

—Lo siento. Sigo pensando que no puedo ayudarte en lo que deseas.

—Me temo que no ha comprendido bien la situación.

—Yo creo que sí. Hablas de un tema del que yo lo desconozco todo. Creo que te has equivocado de puerta.

—Lo siento por usted, *mistress* Cook. Hay tipos detrás de mí a los que no va a gustar su actitud. Si cualquier noche ve arder su hotel o cualquier otra cosa parecida, no se extrañe.

Detrás de la máscara de maquillaje, aquella vieja reseca debió de palidecer.

—Tengo amigos muy influyentes.

—No diga que tiene amigos influyentes; diga que tiene clientes influyentes, que es distinto.

—¿Distinto?

—Sí, mucho. Si cualquiera de ellos ve que su nombre se va a ensuciar al ayudarla a usted, no dude que preferirá ignorarla, darle evasivas. Sería muy diferente si yo fuera un don nadie. Un telefonazo a tiempo y alguien con una placa en el bolsillo estaría haciéndome la vida imposible, pero las cosas no son así de sencillas, *mistress* Cook. De todos modos, yo encontraré a Shorenson, «el Canguro», y usted se habrá buscado problemas.

Se encaminó hacia la puerta dando por terminada la extraña entrevista cuando la voz de la vieja se dejó oír de nuevo.

—Espera.

Ya junto a la puerta, él volvió su cabeza hacia ella.

—¿Cómo puedo saber que no estás solo, que no eres un don nadie?

—Es un riesgo que ha de correr por su cuenta. De todas maneras, puedo decirle que no hay orden de ejecución para Shorenson.

—Hasta dentro de tres días, hotel Tucán, Río de Janeiro.

—Muy bien, *mistress* Cook. Ah, no se moleste en telefonarle. Yo no voy a explicarle a él que usted me ha dicho dónde se encuentra; si usted le llama, sí quedará evidente que lo ha hecho.

—Comprendo.

—Mucho mejor.

Abandonó la salita de la vieja proxeneta de altos vuelos.

A la salida se encontró con la cuarentona que tenía los ojos más encendidos aún.

—¿Tienes prisa? —Runroneó la mujer.

—Sí.

—Por unos minutos...

—Lo siento, tengo otra cita en el aeropuerto.

La fuerte matrona que ya rezumaba deseo por sus ojos, suspiró, comprendiendo que no había nada que hacer.

CAPÍTULO V

Shorensen, más conocido en el extraño mundo en el que se hallaba metido por el sobrenombre de el Canguro, era un individuo alto, de hirsutos cabellos grises.

La mandíbula era grande y fuerte, aunque le colgaban algo las mejillas. No podía decirse que fuera un hombre elegante, tampoco le importaba demasiado parecerlo.

De ordinario, sostenía una media sonrisa en su rostro mientras sus ojos, que parecían helados, observaban a su interlocutor.

El hombre que tenía delante era de estatura media, bigote abundante, algo grueso y escaso cabello. Su apellido era de origen italiano aunque él era sudamericano.

—Creo que podemos llegar a un acuerdo, míster Shorensen.

Shorensen, que conocía muy bien su negocio, no despreciaba a nadie que pudiera pagar lo que él vendía.

—Tengo una lista completa de todo lo que desea. Deberé, no obstante, comprobar si en mis almacenes poseo todo este género, aunque creo que sí. Mis secretarios le informarán adecuadamente.

—Sí, claro, pero ya sabe cuáles serán los plazos de pago.

—Sí, no hay prisas mientras paguen en dólares, marcos o francos suizos.

—Tenemos esmeraldas.

—Las esmeraldas son muy difíciles de evaluar y meter luego en el mercado; no obstante, se puede hacer una excepción.

Ese asunto lo trataría un joyero holandés de mi entera confianza.

—Perfecto —aceptó el sudamericano que vestía un traje oscuro civil.

Se sentía algo incómodo dentro de él, quizá lo suyo fuera vestir el uniforme militar.

—El material americano que yo puedo proporcionarle tiene un veinte por ciento de descuento.

—El nuevo, claro —puntualizó el sudamericano.

—Sí, y un cincuenta por ciento el usado. Yo ya le haré saber qué parte del material puede ser usado. No tendrán problemas, los yanquis son sus proveedores y, por tanto, no les faltarán piezas de recambio. Todo el material que yo vendo es yanqui.

—Entonces, creo que llegaremos a un acuerdo, míster Shorenson.

—Seguro, pero no olvide que su lista es larga. Va desde helicópteros a *bulldozers*, pasando por proyectiles de distintos tipos, minas, etcétera. Por cierto, ¿fusiles

M-20

no quiere?

—No, fusiles y armas cortas tenemos suficientes.

—Ya, los yanquis venden lo que necesitan. Ah, neumáticos también tengo los que le haga falta.

—No se arrepentirá de esta transacción, míster Shorenson.

—Espero que no, ya concretaremos detalles. Recibirá la visita de uno de mis secretarios.

—Correcto.

—Transmita mis saludos a su presidente.

—De su parte saludaré a mi general. Estoy seguro de que será muy bien recibido en mi país.

—No me cabe duda, pero tengo muchos planes pendientes.

El sudamericano abandonó la *suite*.

Junto a la puerta, por el lado interior, había un guardaespaldas de Shorenson y en el corredor, sentado en un banco, otro que disimulaba leyendo un periódico.

Shorenson se protegía, tenía enemigos y podía permitirse el lujo de pagar su propio séquito de secretarios y guardaespaldas. Vender material de guerra siempre era buen negocio, él sabía hallar las oportunidades especiales para comprar.

Gobiernos títeres, corrompidos, recibían más material bélico del que realmente podían emplear, endeudando así más y más a su propio país.

Shorenson, alias *el Canguro*, era un personaje que interesaba a todos los que se hallaban metidos de lleno en la compra-venta y

fabricación de material bélico, un negocio sin duda alguna siempre floreciente que movía mucho dinero debido a los altos costos de los ingenios de guerra.

Evidentemente, el Canguro vendía a los poco poderosos, a los que por cualquier causa, fuera de tipo político o de orden económico, tenían dificultades en comprar directamente a los fabricantes yanquis.

El Canguro tomó su portafolios y después de abrirlo, tomó unas hojas.

Siempre en claves numeradas, fue haciendo cálculos para ver las posibilidades de servir el pedido que se le hacía y también los beneficios probables que debían ser cuantiosos o el negocio dejaría de serlo.

Lo que Shorenson ignoraba en aquellos instantes es que por la pared exterior del hotel descendía una figura oscura con la cabeza cubierta. Pendía de una cuerda delgada, pero muy resistente que sujetaba mediante unas abrazaderas que llevaba entre los guantes.

Al llegar frente a una ventana, aquel personaje furtivo en la noche de Río de Janeiro se detuvo. Sujetó la cuerda a su cinturón y extrajo un cortador de diamante.

Marcó el cristal como si dibujara un gran huevo. Luego, sacó una ancha tela adhesiva y la pegó por encima de la marca que había profundizado, repasándola varias veces.

Se separó, apoyándose con los pies en el marco de la ventana, sólidamente fijada, y con el canto de la mano dio un contundente golpe de karate.

El cristal cedió y, apartando la tela adhesiva, lo hizo caer hacia el interior. Pasó por el hueco, soltándose de la cuerda.

Se hallaba en un dormitorio, a oscuras. Se acercó a la puerta que daba a la salita y la abrió con cautela. Aquella era una *suite* amplia con varias dependencias, una *suite* presidencial que Shorenson podía permitirse el lujo de ocupar debido a los grandes beneficios que le proporcionaban los negocios de la compra-venta de armas.

Shorenson no se percató de la presencia furtiva de aquel hombre vestido de oscuro que cubría su cabeza con un casco de motorista con el duro plástico de color fumé que le protegía y ocultaba la cara al mismo tiempo.

—Tranquilo, Canguro, no te va a pasar nada.

Al oír aquellas palabras, Shorenson se volvió rápido hacia la puerta de su alcoba. Allí estaba el extraño personaje cuya presencia le sobresaltó.

Buscó en las manos del inesperado visitante un arma que pudiera indicar cuáles eran sus intenciones y no la vio. Hizo un gesto para acercar su mano al portafolios, pero...

—He dicho que tranquilo, no me obligues a ser desagradable. No te va a hacer falta ningún arma. Canguro, no voy a atacarte a menos que me obligues.

—¿Quién eres?

—Diavolo.

—¿Diavolo? —Quedó pensativo—. Creo que he oído hablar de ti, pero...

—Bueno, no importa. No vengo a robarte ni a hacerte ningún daño. No es que me caigas precisamente simpático, pero sé que eres de un tipo de personajes que existen y que si tú desapareces, otro te sustituirá.

—Si no vienes a atacarme ni a robarme, ¿a qué vienes? —preguntó, lanzando una mirada hacia la puerta de la habitación. No comprendía cómo había podido entrar por allí cuando la pared del hotel era lisa, exteriormente encristalada, prácticamente inaccesible.

—Vengo a hacerte unas preguntas.

—¿Preguntas?

—Sí, sólo eso —dijo Diavolo sentándose en el borde de la mesa que había junto a las cristaleras desde las cuales se podía contemplar una hermosa vista de Río de Janeiro.

—No creo que tenga por qué responder a nada.

—Represento a un grupo. Canguro, no estoy solo.

—¿Ah, no? ¿Y qué grupo está detrás de ti?

—Un grupo petrolero, en esta ocasión.

—¿Petrolero? Interesante, interesante... Donde hay petróleo hay dólares, parece que una cosa va unida a la otra.

—Así parece.

—¿Puedo conocer el nombre?

—Terminarás sabiéndolo.

—¿Por qué no ahora?

—Está bien, la UPC.

—¿United Petroleum Corporation?

—Ajá.

—Ahí sí hay dinero... Esa empresa está por todo el mundo.

—Y puede permitirse el lujo de pagar asesinos internacionales.

—¿Eres tú uno de ellos?

—No soy un asesino si no un investigador.

—¿La plataforma «Aria» hundida en el Mar del Norte?

—Exacto, ésa es mi misión.

—Ahora voy comprendiendo. ¿Quieres un cigarrillo, Diavolo?

—No, gracias, no podría fumarlo.

—¿Por qué no te levantas ese parapeto que te oculta el rostro?

—No me interesa.

—¿No quieres que te reconozcan?

—No. Quizá un día tenga que investigarte a ti directamente.

—Bueno, si sólo es preservar tu incógnito... Ahora, vayamos al grano. ¿Qué tengo yo que ver con la tragedia de la plataforma «Aria», tragedia que ha sido noticia en todo el mundo?

—Ha sido un sabotaje.

—Sí, eso también lo he leído en algunos periódicos. Hay mucho terrorismo por todo el mundo. ¿Pedían dinero?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Eso, a mí no me concierne.

—Ya, a ti te interesa buscar.

—Eso es. La UPC, como cualquier otra compañía multinacional con muchos millones de dólares en juego, es muy honesta, pero siempre se pueden apartar unos cientos de miles de dólares como gastos de representación que pueden servir para pagar a unos sicarios que eliminen a un personaje molesto. Lógicamente, jamás aparecería la UPC como promotora del crimen.

—Comprendo. ¿Eso también va por mí?

—Yo diría que va por todos, incluso yo mismo. Comprenderás que me interese mantener el incógnito de mi verdadera personalidad.

—Ya, no te fías ni de tu padre.

—De él, sí.

—Es un consuelo.

—Es que ya está muerto.

—Diavolo, eres un cínico de cinco estrellas. Bien, no te invito a un trago porque tampoco te lo podrías tomar al tener que levantarte ese plástico que te tapa la cara. Por cierto, ¿es antibalas?

—Más o menos, como llevan muchas fuerzas de seguridad.

—Hasta puede que lleves chaleco antibalas.

—¿Por qué no?

—Pareces un tipo que sabe protegerse.

—Debo hacerlo, ya que me enfrento a tipos que no son de fiar.

—Sí, un disparo por la espalda pueden hacértelo en el momento que menos lo esperes.

—Y bien. Canguro, ¿a quién le vendiste minas marinas de doscientas cincuenta libras? No es preciso que te indique el modelo.

—¿Minas marinas de doscientas cincuenta libras? ¿Seguro que quien pudiera haberlas comprado es el que hundió la plataforma petrolera?

—Es una posibilidad. También compró planeadores en desuso empleados en la Segunda Guerra Mundial e imagino que tuvo que llevarlo en arrastre un avión a hélice, un viejo «Douglas», por ejemplo.

—¿Todo eso es cierto o sólo son suposiciones?

—En el área de la tragedia se han encontrado las alas de un planeador. Es lógico suponer que fue utilizado para un acercamiento silencioso a la plataforma para que no fuera descubierto. Luego, al contacto con las aguas, perdió las alas e imagino que el resto fue convertido en canoa, velero o algo por el estilo.

—¿El resto del planeador no se ha encontrado?

—No, por eso digo que los terroristas pudieron huir en el planeador sin alas.

—Una buena idea, puedo sugerírsela a los servicios especiales de la NATO.

—Los que han hecho el trabajo son especialistas, no cabe ninguna duda.

—¿Y lo de la mina?

—He buceado en la zona afectada y he podido ver los daños en la pata de la plataforma. Han quedado algunos restos, no hay duda.

—Entonces, esos tipos son de cuidado.

—Sí, pero tienes mi palabra de que si me facilitas sus nombres,

yo no diré para nada que tú me has dicho que son tus clientes. Después de todo, hay que investigar. Puede que los nombres que me des no sean los que yo busco, por otra parte, intentar engañarme sólo será poner dificultades a los intereses de la United Petroleum Corporation y eso podría perjudicarte.

—Bueno, yo tengo enemigos, está claro, pero no me gusta buscarme más de los que ya tengo.

—Entonces, ¿me darás los nombres?

—Si, dentro de tres días.

—No, mañana ya no estarás en Río de Janeiro.

—Hum, ¿me investigas a mí también?

—Y a tus guardaespaldas, que están a un lado y a otro de la puerta.

—Quizá los nombres que yo te dé no sean los buscados y por tanto no tendré culpa alguna.

—Siempre que esos nombres hayan comprado el material del que te estoy hablando.

—De acuerdo, buscaré a ese personaje, pero tendré que hacer una llamada telefónica.

—Esperaré.

Shorensen observó que Diavolo avanzaba de puntillas hacia la puerta, ponía su mano suavemente en el pomo y la abría con brusquedad, haciendo entrar en la salita de la *suite* al guardaespaldas que aguardaba en la antesala.

Shorensen pudo ser como su secuaz intentaba utilizar la pistola que ya llevaba en la mano, pero las manos enguantadas de Diavolo habían hecho presa en su muñeca.

Diavolo demostró ser un luchador muy experto. Le quitó la pistola al guardaespaldas, lo derribó y cuando éste iba a recuperarse, ya le estaba encañonando con el arma.

El guardaespaldas vio el oscuro orificio de la pistola que le pertenecía, pero que ahora le apuntaba y se estremeció, no tenía vocación de muerto.

—No vas a matarlo, ¿verdad? —preguntó Shorensen, burlón.

Diavolo quitó el cargador del arma. Sacó luego la bala de la recámara y la hizo saltar en la palma de su mano. Arrojó el arma al guardaespaldas diciéndole:

—A tu amo, por ahora, no le sucede nada. Otra cosa será si a

alguien se le ocurre pagar a un sicario.

—Bueno, basta de juegos —cortó Shorensen.

Descolgó el teléfono, pidió línea exterior internacional y llamó. Al poco, alguien le respondía. Habló en clave. Letras y cifras, que sólo él y quien estaba al otro lado del hilo podían comprender; después, colgó.

—¿Tienes el nombre, Canguro?

—El comprador es un tiburonera.

—¿Tiburonera? —repitió Diavolo, perplejo.

—Sí, es americano, se llama Morgan y vive en Los Angeles, aunque su trabajo lo lleva a cabo en las aguas atlánticas de México. Allí hay unas lanchas que se dedican a la pesca del tiburón.

—Es extraño. ¿Morgan, dices?

—Sí, y recuerdo que pensé que quería las minas para atrapar tiburones. Creo que su idea era cazar uno, descuartizarlo, arrojarlo en un punto del mar, dejar una mina y por control remoto hacerla estallar cuando hubiera varias docenas comiendo.

—A pesar de todo, la mina es más cara que una docena de tiburones.

—Me contó que era un experto en estos artefactos y que el contenido de cada mina lo dividiría en muchas partes. Esas minas son muy potentes.

—Lo suficiente para hundir un buque de guerra o una plataforma marina de extracción petrolífera —le puntualizó Diavolo.

—Es cierto. Compró también detonadores.

—¿Y minas?

—Dos docenas.

—Eso es grave, muy grave, si la pesca del tiburón sólo es una tapadera de sus verdaderos negocios.

—Ese asunto no me incumbe. Si él quería minas y dijo que eran para pescar tiburones, no tenía por qué dejar de vendérselas.

—No seas hipócrita, Shorensen; tú se las venderías al mismísimo diablo que quisiera volar la casa de tu madre si con ello ganabas dinero.

—No hace falta que lleguemos al insulto personal. Querías un nombre y ya te lo he dado, a él también le vendí el planeador.

—¿Uno solo?

—Dos.

—Quiero una lista de todo el material que le vendiste a ese tipo.

—¿Y qué gano yo con ello?

—La vida. ¿Te parece poco?

Shorensen carraspeó.

—Bueno, bueno, no hay por qué enfadarse. Te daré la lista del material que le vendí; después de todo, los de la UPC me caen bien.

—Lógico. Algunos financieros que están metidos hasta las orejas en el petróleo de la UPC. también están metidos hasta las orejas en el negocio de venta de armas y verían muy mal que el Canguro les diera con su rabo en mitad de los dientes.

—Una frase muy expresiva. Colaboraré, me gusta colaborar cuando la causa lo merece.

—Bien. ¿La dirección exacta donde puedo encontrar a Morgan?

—Sólo sé que se mueve por California, que pesca los tiburones en las aguas del Pacífico de México y que la entrega del material se llevó a cabo a trescientas millas frente a las costas de Miami.

—Eso está en el lado opuesto de California.

—Es cierto, parece que es un tipo que se mueve mucho.

—Quiero más detalles.

—Sólo puedo darte un número de teléfono. Allí llamaron mis hombres para avisar del día, hora y lugar de entrega del material para que pasaran a recogerlo.

—¿No hubo problemas?

—No, pagaron bien.

—Un número de teléfono para una cita puede que sea suficiente.

Shorensen anotó el teléfono en un papel y se lo entregó a Diavolo que lo tomó, lo miró y se lo guardó en el bolsillo. Después, dijo:

—Gracias por la información, Canguro. El mundo está tan corrompido que los tipos como tú mueren en la cama de viejos y rodeados de putas jóvenes.

Shorensen, al oír aquellas palabras, soltó una carcajada mientras Diavolo se alejaba por la puerta.

El guardaespaldas se levantó cogiendo la pistola que no se había atrevido a tomar antes. También tomó el cargador que había quedado sobre la mesa y preguntó:

—¿Lo persigo?

—No seas idiota, ése te enviaría a la Morgue antes de que lo alcanzaras.

Fue hacia la habitación, se acercó a la ventana y descubrió el hueco en el cristal y la cuerda colgando en el aire.

—Un tipo arriesgado que ha querido sorprenderme, lo malo es que un sicario profesional de cinco estrellas podría conseguir lo mismo y sorprenderme. ¿Te das cuenta, imbécil?

—Sí, jefe.

—Pues, hay que vigilar más.

—¿Cómo?

—Piensa, idiota, que para eso te pago.

El guardaespaldas parpadeó, diciéndose que le tenían contratado para pegar, no para pensar. Mas, no se atrevió a decirlo en voz alta; anteriormente había sido miliciano y policía y sabía aguantar los chaparrones cuando los soltaba un superior.

Ya en la calle, una motocicleta arrancaba con fuerza, alejándose del hotel. Le esperaba un largo viaje.

CAPÍTULO VI

El automóvil, un «MG» deportivo, disminuyó la marcha acercándose al bordillo de la acera.

Bajo la sombra de una palmera había un motorista vestido de oscuro con el casco cubriéndole la cabeza, incluso el rostro.

Al llegar a su altura, el «MG» dio un toque corto de claxon y después, aceleró. La cabeza de aquel motorista que no era otro que Diavolo, asintió.

Quitó el caballete de la potente motocicleta y accionó el pedal de puesta en marcha, montándola sin prisas.

Saltó de la acera a la calzada; el «MG» ya estaba tan distante que no se veía, pero Diavolo comenzó a acelerar dando gas y cambiando las marchas, sorteando hábilmente a los coches a los que iba adelantando. Evitaba transgredir la ley, pero rozaba sus límites para conseguir alcanzar al deportivo «MG».

No tardó en ver el maletero rojo del vehículo de fabricación inglesa que rodaba a una buena marcha ante él, Diavolo le seguía, acortando palmo a palmo la distancia que les separaba, quitando obstáculos que eran los automóviles que aún quedaban entre ambos.

Salieron de Miami en dirección sur. El deportivo «MG» parecía ir en busca de las hermosas y tranquilas playas de Florida. Se salió por una mala carretera, bajó hasta la arena y se detuvo entre unas rocas.

El mar estaba calmado y las olas espumeaban acariciantes, sin bravura, invitaban a bañarse.

Diavolo detuvo su motocicleta japonesa tras el deportivo y se apeó para dirigirse al coche. Cogió la manecilla de la puerta y la abrió.

Diavolo quedó dubitativo tras el protector de su casco. Allí dentro no había un hombre como había supuesto, si no una muchacha rubia de rostro redondeado, labios ligeramente carnosos, apetecibles y radiantes ojos azules. Parecía una islandesa raptada por las huestes del pirata Erik *el Rojo*.

—Creo que me he equivocado.

—No te has equivocado, Diavolo, no te has equivocado —le dijo ella.

El hombre se hizo a un lado mientras la joven se apeaba del deportivo. Pudo observar entonces que era esbelta, ligeramente alta, con pechos bien marcados y una cintura estrecha.

—¿Te envía *sir* Hotmont?

—Soy Evel, su nieta.

—De modo que la nieta de *sir* Hotmont... ¿Y para eso me citó?

—Mi abuelo recibió tu mensaje de que ibas a venir a Miami donde tenías posibilidades de encontrar al culpable.

—Me pagan bien y por lo tanto, hago bien mi trabajo. Una de las condiciones que se me impusieron es que fuera informando sobre la marcha de la investigación, querían estar al corriente de lo que yo conseguía mientras la Interpol hacía lo propio.

—Mi abuelo ha tenido que marchar en viaje urgente a la Arabia Saudita. Yo soy de su completa confianza.

—Bueno, acepto que el abuelo confíe en su nieta mimada.

—¿Mimada? —repitió ella, mirándole desafiante.

—*Sir* Hotmont es un hombre muy cuidadoso en sus cosas. Tú eres elegante y hermosa; si estás con él es porque eres su nieta preferida.

—Preferida porque soy la única mayor; mis primas aún son muy niñas.

—Es evidente que tú no tienes nada de niña. Eres una mujer hermosa, aunque demasiado joven para que se te confíen gestiones problemáticas.

—Sé cuidarme y si mi abuelo confía en mí es porque debo ser muy responsable. Mi abuelo es un hombre muy frío en los negocios. Si hace algo es porque antes lo ha pensado bien.

—De todos modos, yo le dije que venía a Miami; no veo el motivo de la cita antes de que yo siga el rastro que tengo.

—Será porque me han encomendado cosas importantes que

decirte.

—¿Cosas importantes?

—Ajá.

—Entonces, soy todo oídos.

—Antes, me daré un baño. Hace calor y el agua me apetece.

Dicho esto, abrió su falda y se la quitó, luego el blusón que llevaba. Quedó en bikini azul marino, muy pequeño, tanto que apenas conseguía ocultar los senos de la joven de piel ligeramente bronceada.

En vez de correr hacia el agua, todavía sobre sus zapatos veraniegos de alto tacón, miró al hombre y le preguntó:

—¿Tú no te bañas?

—No he venido aquí a bañarme.

Con desenvoltura. Evel alzó sus manos para coger el casco de Diavolo con la evidente intención de quitárselo, pero sintió sus manos cogidas por las masculinas.

No forcejeó, permaneció quieta y con una sonrisa de burla preguntó, chispeando sus ojos de picardía:

—¿Tan feo eres que no quieres que te vea la cara?

—Me gusta conservar ciertas reservas.

—¿Por qué? —preguntó ella sin soltar el casco de motorista ni él las muñecas femeninas.

—Para que luego no se me reconozca fácilmente.

—¿Temes que si te veo en alguna parte te señale con el dedo diciendo «ése es Diavolo»?

—Es una posibilidad, pero no creo que llegue a hacerlo nunca.

—¿Por qué?

—Llámallo intuición.

Le soltó las muñecas. Evel, al verse libre, levantó el casco y descubrió la cabeza del hombre. Los ojos azules de la mujer rebelaron admiración.

Diavolo tenía una buena cabeza, un rostro y una masculinidad que cautivaron a Evel que tuvo que reaccionar.

—Bueno, no eres el monstruo de Frankenstein.

—Menos mal.

—¿Te bañas?

—Puestas así las cosas, ¿por qué no?

—Te espero dentro —dijo Evel, arrojando el casco sobre la

arena.

Corrió hacia el agua sin mirar atrás. Se sumergió en las aguas y nadó fuerte, como huyendo de la tierra. Luego, se detuvo y cuando se volvió, ya vio la figura del hombre lanzándose al agua.

De lo que no estaba segura era de si llevaba algo encima o iba totalmente desnudo, pero aquella circunstancia no le importó demasiado.

Diavolo nadó hasta llegar junto a ella. Evel rió, diciéndole:

—Nadas muy bien.

—No mejor que tú.

—¿Cómo te llamas en realidad, Diavolo?

—¿Te ha pedido tu abuelo que me investigues?

—¿Le crees capaz de eso?

—Sí, claro que le creo capaz.

—Entonces, ¿no vas a decirme cómo te llamas?

—Diavolo.

—Sería curioso... Yo, una chica de la alta sociedad inglesa, educada en el colegio femenino Girton de Cambridge, investigando a un investigador internacional...

—A veces, un aficionado consigue lo que no llega a obtener un profesional.

Dicho esto, se impulsó hacia adelante y le enlazó la cintura con su brazo.

—¿Qué haces, quieres ahogarme? —preguntó ella.

—Quiero contarte que las mariposas que se acercan demasiado al fuego se queman las alas.

La volteó, la puso de espaldas a él y la atrajo hacia si.

—¿De qué juego se trata? —Runruneó Evel.

—El de nadar juntos.

—Bueno, nademos juntos.

Evel braceó y él avanzó tras ella ligeramente más abajo, la cara cerca de su espalda y el pecho contra las redondeces de sus nalgas prietas.

—Es divertido, no lo había hecho nunca —confesó ella.

—Conozco otros juegos, pero no creo que a tu abuelo le guste que los practique contigo.

—No es a mi abuelo a quien han de gustarle si no a mí —respondió la chica.

—Tienes razón; no obstante, no me fío.

—¿No te fías de qué?

—De ti. A lo peor, cuando me duerma, me cortas el pelo.

—¿Te crees un Sanson?

—Yo no seré Sanson, pero tú me estás pareciendo una Dalila rubia. Hay algo en ti que me impide confiar del todo.

—¿Y qué es, mis ojos, mi boca o alguna otra parte de mi cuerpo?

—preguntó encarada con él, braceando de lado para mantenerse a flote.

—Eres mujer.

—Lógico, ¿no?

—Los hombres somos más racionales, lo que no quiere decir más prácticos.

—¿Me llamas materialista?

—Hablo en general, siempre hay excepciones.

—Eso es no comprometerse.

—Las mujeres sois más astutas hasta...

—¿Hasta qué?

—Que os enamoráis.

—Entonces, hay que tener cuidado de no enamorarse. Por cierto, tenía que darte un encargo de mi abuelo.

—¿Y cómo no me lo has dado antes?

—Porque mi abuelo me ha recomendado que te hablara de ello en un lugar muy solitario.

—¿Tan solitario como estar dentro del mar?

—Ajá.

—Muy bien, pues ya estamos solos, a menos que haya cerca algún tiburón con un magnetófono subacuático entre las mandíbulas abiertas.

—Parece un cuento de terror. No habrá tiburones por aquí, ¿verdad?

—Sí, sí los hay.

—Qué miedo —exclamó ella, mirando en derredor como asustada, temiendo ver sobresalir a flor de agua la maligna aleta oscura.

—Olvídate de los tiburones. ¿Qué quería decirme tu abuelo?

—Que han recibido un nuevo comunicado de chantaje.

—Vaya...

—Amenazan con destruir otra plataforma marina petrolera.

—¿Cuánto piden ahora?

—Veinte millones de marcos.

—Eran diez.

—Parece que han sumado los diez que no se habían pagado de la primera amenaza más diez por esta segunda.

—¿Y qué han dicho?

—Han preparado una junta de la UPC para tomar una decisión. No pueden exponerse a que ocurra otra tragedia como la del Mar del Norte, serían demasiados muertos y la opinión mundial no lo iba a tolerar.

—Comprendo. ¿Cuándo será la Junta?

—Mi abuelo no lo sabía aún, será junta extraordinaria. Con las pérdidas que ya hubo con el hundimiento de la plataforma «Aria», pagar veinte millones de marcos ahora...

—Para una petrolera, veinte millones de marcos tampoco es demasiado.

—El abuelo piensa que acordarán pagar; sin embargo, no se sabe qué decisión tomará mister Grass.

—¿El yanqui? Bueno, ya veremos qué dice la junta extraordinaria de la UPC.

—Mi abuelo se comunicará conmigo para decirme cuándo es la junta extraordinaria para que te lo diga a ti, Diavolo.

—¿Y dónde estarás tú?

—En el chalet de unos amigos de mi abuelo.

—¿Quiénes son tus amigos?

—¿Qué importa? Ellos están ahora en Australia.

—Entonces, ¿estás sola en el chalet?

—Sí, pero eso no lo sabe nadie más que tú.

—¿Y no te da miedo que yo lo sepa?

—Los hombres disfrutáis si las mujeres os tenemos miedo, ¿verdad?

—Tanto como eso...

Evel braceó hacia la orilla. Diavolo la siguió, dejándole un margen de distancia: él nadaba desnudo.

CAPÍTULO VII

El *night-club* se hallaba muy cerca de la playa y se llamaba Jaws. A Diavolo le pareció un nombre muy significativo, todo encajaba.

Vestido en forma veraniega aunque con colores oscuros que le favorecían para fundirse entre las sombras. Diavolo entró en el club que no era de cinco estrellas, pero tampoco de los peores. Era una mezcla de ambos donde los espectáculos fuertes conseguían atraer al público, a los yanquis del norte que bajaban hasta Miami para vacacionar y gastar los dólares que ganaban en Chicago, Detroit o New York en los duros días del invierno.

Tres muchachas mulatas que se parecían mucho entre sí, danzaban o aparentaban hacerlo en un provocativo espectáculo erótico que contenía muchas respiraciones.

—¿Desea una mesa? —le preguntó un hombre con niky a rayas.

—No, por el momento iré a la barra, luego ya veré.

—Como quiera.

Diavolo, que era un visitante más en la noche del club, aunque podía destacar por su planta y su aspecto atlético, se dirigió a la barra y no tardó en acercársele una mujer también alta. No podía decirse que ocultara sus pechos muy grandes posiblemente artificiales.

—¿Me invitas, corazón?

—¿Qué quieres?

—¿Puedes pagar champaña?

Diavolo la miró, sonriéndole a medias y sin hacer ostentación le puntualizó:

—Si es californiano, sí.

—De acuerdo, encanto. Teddy, champaña californiano para los dos.

—Ahora va —respondió uno de los que servían en el mostrador. Todos los hombres vestían idéntico niky rayado horizontalmente en blanco y azul.

Ya con la copa en la mano, Diavolo se acodó en la barra y mirando hacia la pista donde había salido un cómico, preguntó:

—¿Y esto se anima luego?

—Oh, sí, claro que sí, pero si quieres cosas más fuertes...

—¿Tú las facilitas?

—Sí.

—Todas prometéis mucho y luego, a la hora de la verdad, es lo mismo en todas las citas.

—No soy tan vulgar como crees, claro que si deseas un número especial, puedo traer a otra chica.

—Mejor preferiría hablar con Morgan.

—¿Morgan? —repitió ella, un poco desconcertada.

—¿Qué pasa, no conoces a quien te paga?

—Sí, claro que le conozco. ¿Acaso le conoces tú también?

—He oído hablar. ¿Está en la sala?

—No. Muchas veces no está ni siquiera en el club.

—¿Y dónde está?

—En su pequeño yate, fondeado en el malecón de las palmeras.

—¿Cómo se llama el yate?

—Oye, tú preguntas demasiado. ¿Quién eres?

Diavolo le alargó unos billetes disimuladamente. Ella se los guardó, forzó una sonrisa y dijo:

—*Se llama Tigre del Mar.*

—Gracias.

Pagó la cuenta y salió del club sin prisas, como decepcionado.

El jefe del local, que siempre andaba controlándolo todo con la mirada, se acercó a la chica que había hablado con Diavolo y le preguntó:

—¿Qué quería ése?

—Es un tritón. Quería una copa de champaña, pero a la hora de la verdad no se decide, dice que es fiel a su chica. Para mí que es un muchacho de la Navy con permiso.

—Bueno, estate atenta, llegan más.

Diavolo ya se internaba por el malecón débilmente iluminado. Había un buen número de pequeños yates allí amarrados, con luces

encendidas, algunos de ellos sólo de señalización.

Avanzaba como un paseante nocturno mientras iba leyendo los nombres de las embarcaciones hasta que encontró el Tigre del Mar escrito en castellano.

La pasarela tenía una cadena que la cerraba. Con la mirada siguió la cadena que descendía hasta por debajo de la pasarela y supuso que debajo debía haber una campana o algo por el estilo para avisar que alguien había pasado.

Proveyó que, saltándola, daría también un golpe sobre la pasarela de acceso que llamaría la atención y optó por dejarse caer al suelo y pasar por debajo de la cadena.

Cruzó la pasarela y subió a bordo del pequeño yate. Se situó en un lugar oscuro y sacando una fina capucha de media transparente pero oscura, se cubrió la cabeza.

Podía ver, oír, olfatear, hablar y respirar, pero su rostro no sería fácilmente reconocible.

De pronto, un rugido le sobresaltó cuando ya iba a abrir una puerta al comprobar que a través de las ventanas nada veía, puesto que todas estaban cubiertas por espesas cortinas.

Lo que tenía delante no era un tigre, pero sí un leopardo con los ojos clavados en él, un leopardo que tenía un collar de acero. Se hallaba sujeto con una cadena, una cadena que casi le permitía alcanzarle.

El hermoso, pero mortífero felino rugió de nuevo y le lanzó un zarpazo. Las uñas rozaron la camisa oscura de Diavolo, rasgándola en parte y de no echarse hacia atrás, le habría herido profundamente.

—Y ahora, quieto, si no quieres que te convierta en carne picada para mi gatito.

La voz era fuerte, autoritaria, sin vacilaciones, pero era una voz de mujer.

Cuando Diavolo, que había sido sorprendido, la miró, vio que empuñaba una escopeta de doble cañón calibre veintidós. Si disparaba, ciertamente iba a convertirse en carne picada a la distancia en que se hallaba.

—Bueno, no es para tanto, no tengo vocación de hamburguesa —replicó Diavolo.

—No trates de hacerte el listo. ¿Has venido a robar?

—¿Robar? ¿Yo un ladrón? —Se echó a reír—. ¿Tengo cara de ladrón?

—No sé la cara que tienes, hijo de perra. Anda, quítate la capucha antes de que te destroce con una buena carga de perdigones, y aunque decidas saltar al agua no te librarás. Soy buena tiradora al plato, puedo hacer noventa y cinco sobre cien, claro que siempre te quedaría alguna oportunidad, pero tú eres más grande que un plato.

—No he venido a robar —dijo, sin prisas por quitarse la capucha, vigilado atentamente por el leopardo que, en la medida que la cadena se lo permitía, trataba de alcanzar con sus zarpas al visitante nocturno.

—¿Qué historia vas a explicarme?

—He venido a ver a Morgan.

—¿Ah, sí? —replicó ella, sarcástica.

—Sí.

—Quítate la capucha.

—Bueno, si tanto te empeñas... Oye, ¿por qué no apuntas al gatito? Sería más propio de un cazador, ¿no crees?

—Para mí la presa eres tú y no mi gato, él ya tiene su collar.

Diavolo se quitó la capucha, no tenía escapatoria. Ella sabía muy bien lo que era un arma y no acertaba distancias entre ambos y el hombre tampoco tenía deseos de saltar al agua para que le metieran un centenar de perdigones entre las costillas.

Por otra parte, delante estaba el leopardo con sus uñas desenfundadas y los colmillos a punto.

—Quería hablarle a Morgan de un asunto.

—¿Qué asunto?

—Se lo diré a él.

—Morgan soy yo.

—¿Tú?

Había sorpresa en la mirada de Diavolo.

—Sí, Morgan soy yo.

—¿La tiburonera?

La mujer se echó a reír y fue entonces cuando Diavolo se fijó mejor en ella.

No era ninguna niña, pero tampoco una vieja. Era una mujer fuerte y morena, de largos y espesos cabellos y una mirada abierta,

caliente.

—Me hablaron de Morgan, pero no me dijeron que fuera una mujer.

—¿Quién te habló de mí?

—Un amigo mutuo.

—¿Cómo se llama?

—Pues ahora, después de tomar champaña en tu *night club*.

—Adelántate y si haces una tontería date por muerto.

Ella retrocedía para seguir manteniendo la distancia. No había forma de saltar sobre ella y desviar los dos cañones de la escopeta.

—¿No crees que podemos hablar? No llevo armas, eso te puede convencer de que mis intenciones son pacíficas.

—Levanta la escotilla que tienes a tus pies, a la derecha —le ordenó ella sin hacer demasiado caso de las palabras de Diavolo.

El leopardo rugía más ahora al ver que se alejaban de su alcance mientras tensaba la cadena con fuertes tirones.

Diavolo miró la escotilla que no tendría más de tres por tres palmos. Era metálica y tenía un grueso cerrojo exterior.

—¿De veras quieres que la abra?

—Hazlo, te conviene si quieres volver a ver el nuevo día.

El hombre se agachó. Ella se mantenía atenta; como experto luchador que era, Diavolo se daba cuenta de que ella no le ofrecía ningún punto débil.

—De todos modos, si te hago pedazos con los perdigones, cuando venga la policía podré justificar que eres un visitante intruso, un ladrón.

Resignado, Diavolo abrió la escotilla y observó:

—Está muy oscuro. ¿Qué guardas aquí dentro, carne para el gatillo?

—Métete.

—Morgan, creo que te lo has tomado demasiado en serio.

—Lo que tú quieras. Te voy a disparar entre las piernas, te hará mucha pupa y si salvas Ja cabeza, puedes contarle a la policía que te resististe.

—Si no hay otro remedio, me meteré en este agujero.

—No temas, cabe.

—¿No podría iluminarlo un poco?

—No hace falta.

Diavolo se introdujo tanteando y notó un grueso enrejado que utilizó a modo de escalera. Cuando su cabeza hubo desaparecido de la superficie, la escotilla se cerró, privándole del panorama del cielo estrellado. Pudo oír claramente el ruido del cerrojo al quedar asegurado.

Se hallaba a oscuras y maldijo su mala suerte, pero se sabía vivo, le quedaba un futuro. Aquella mujer, ¿qué haría con él?

Había conseguido sorprenderle como no lo habían logrado otros tipos duros con los que se había topado. La culpa la tenía el leopardo que con su inesperada presencia le había restado atención a su entorno, eso le había impedido oír los pasos de aquella mujer que, sin duda alguna, ya debía haberle visto subir a bordo del pequeño yate, pertrechándose con la escopeta para recibirlo adecuadamente y no era de las mujeres que se ponen a gritar, ni siquiera de las que llaman a la policía.

Quería solventar el asunto por sí misma y Diavolo estaba llevándose la peor parte en aquel encuentro del que no parecía fuera a salir muy bien parado.

De pronto, se encendió una luz y pudo ver que se hallaba entre tres paredes y una reja de considerable grosor. Estaba metido en una especie de jaula frente a una salita y comprendió que aquélla era la jaula del leopardo.

CAPÍTULO VIII

Evel se hallaba recostada en el sofá de forma indolente. Vestía un complet muy ajustado de color amarillo, sin mangas, con un escote largo y estrecho que descendía hasta muy por debajo de sus jóvenes y duros pechos.

Miraba la televisión sin prestarle demasiada atención. Cerca de ella, al alcance de su mano, sobre la mesita de centro, tenía un teléfono. Aguardaba la llamada de Diavolo, una llamada que no se producía y su cara reflejaba un poco de decepción.

Tomaba un combinado que se había preparado ella misma mientras se preguntaba si al final llamaría.

Se sentía sola en el chalet de los amigos de su abuelo, un chalet que, no obstante, le brindaba unas grandes posibilidades de independencia.

También esperaba la llamada de *sir* Hotmont, una llamada con la que habría de notificarle cuándo tendrían lugar la reunión de junta extraordinaria de la United Petroleum Corporation.

De lo que Evel no se percató fue de que mientras observaba un telefilme en el que se estaba desarrollando una habitual y siempre espectacular persecución entre automóviles, alguien estaba forzando la cerradura de la puerta de la cocina.

Debido a la colocación del sofá y la televisión, no podían sorprenderla por la espalda. Por ello, vio irrumpir a los dos hombres en el saloncito. Vestían ropas veraniegas y cubrían sus respectivos rostros con máscaras de látex que representaban a seres monstruosos. Uno de ellos empuñaba una pistola con la que apuntó a Evel.

—Muñequita preciosa, si te mueves te hacemos unos ojales en esa linda tripita que tienes —le advirtió con voz oscura el que

empuñaba la pistola.

—¡Aah! —gritó sin embargo, saltando y poniéndose en pie sobre el sofá.

—Cálmate, pueden oírte, no pongas las cosas difíciles.

Evel, de tan asustada que estaba, no parecía dispuesta a entregarse fácilmente y saltaba de un lado a otro, demostrando gran agilidad.

—¡Joe, cógela o la mato! —rugió el que llevaba la pistola.

—¡Quieta, fiera!

—¡No, auxilio, socorro!

La televisión cayó al suelo. Chisporroteó, comenzó a salir humo y después unas llamas.

Uno de aquellos tipos la cogió por la cintura y la volcó contra el sofá.

Evel se debatía, gritaba, pero era inútil. Trató de arañar a su atacante y sólo consiguió arrancarle la careta sin llegar a verle el rostro porque la pusieron boca abajo. Después, un pañuelo mojado con éter le taponó la cara.

—Mmmmm...

—¡Sujétala, coño! —Rugía uno de aquellos tipos.

—Es que se mueve más que un gato panza arriba.

—Pues ella está panza abajo.

Evel comenzó a dejar de moverse y los dos hombres suspiraron mientras las llamas se habían transformado en llamas y prendían en los muebles.

Uno de ellos sacó un estuchito con una jeringuilla ya preparada. Buscó en la nalga de Evel y la pinchó, inyectándole el contenido de la jeringa.

—Vamos, que esto va a arder hasta los cimientos —apremió el otro.

La sacaron del chalet y la llevaron a un automóvil tipo ranchera. En su parte posterior había una gran maleta de fuelle, la abrieron y doblaron a Evel, metiéndola dentro. Luego, la cerraron, pero ya tenía unos agujeros para que pudiera respirar. Había quedado en posición fetal y profundamente dormida por la droga más que por el éter cuyos efectos se disiparían en breve tiempo.

—Vámonos, la policía vendrá pronto a este lugar.

Cuando ya el automóvil se alejaba, el chalet se veía arder y

mezclados con la circulación de una amplia avenida pudieron ver a un coche patrulla que hacía sonar su sirena. Debían haberles comunicado ya el incendio del chalet.

* * *

Sir Hotmont había regresado de la Arabia Saudita y se hallaba en su despacho, muy amplio y muy inglés, que poseía en su residencia de Chelsea.

Con él estaba el jeque representante del grupo árabe, *míster* Grass fumando un puro comunista que no casaba en absoluto con su naturaleza yanqui y Herbert, el suizo de ascendencia germánica.

Cada uno de ellos repasaba unas listas mientras *sir* Hotmont atendía a tres de los cinco teléfonos que tenía sobre su amplia y pesada mesa de caoba.

Peterson, su relaciones públicas, estaba a su lado ayudándole; él era quien descolgaba los teléfonos y se los pasaba a su patrón si hacía el caso.

Sonó el teléfono blanco, cada uno de ellos tenía un timbre distinto. Sólo uno de los cinco, el rojo, no tenía timbre y sí una luz de advertencia y pertenecía a una línea muy personal.

Ninguno de los aparatos tenía sobrepuesto el número al que correspondía para que nadie pudiera tomarlo y llamar.

—¿Aló?

Peterson escuchó mientras *sir* Hotmont atendía a otra llamada. Peterson hablaba en voz baja y se hacía a un lado permaneciendo en pie. Tras escuchar, aguantó el teléfono, tapó el micrófono y reclamó la atención de *sir* Hotmont.

—¿Es importante? —preguntó *sir* Hotmont, interrogándole también con la mirada.

—Muy importante, *sir*, es del Foreign Office.

—¿El Foreign Office, qué quieren ahora desde el gobierno? ¿Sabrán algo de la plataforma «Aria»? —se preguntó en voz alta.

Los demás, levantaron sus ojos de sus respectivos folios para mirarle, inquisitivos.

—Aló, aquí *sir* Hotmont.

Estuvo escuchando y en su rostro se reflejó la preocupación.

—Pero ¿están seguros de lo que dicen?

De nuevo se produjo un silencio que no era tal para el propio *sir* Hotmont que escuchaba por el teléfono. Todos querían saber si se trataba de algún asunto que les concernía.

—Exijo que se haga una rápida y profunda investigación —dijo en tono muy imperativo.

De nuevo, silencio.

—Estaré a la espera de más noticias. Exigiré explicaciones a cuantos no actúen como es debido.

Cuando hubo colgado, sin más, *sir* Hotmont colgó también todos los teléfonos. Era una forma de cortar en aquel momento con el mundo exterior.

Peterson, su public-relations, que conocía su forma de proceder, inmediatamente descolgó los cinco para que ninguno de ellos pudiera sonar. Cualquiera que llamase a uno de los cinco teléfonos, lo encontraría comunicando.

—Caballeros, como buen inglés, debería decirles que nada malo ocurre, que todo sigue igual, que hemos de celebrar cuanto antes la junta extraordinaria para aprobar o no el pago a los sabotadores de las plataformas marinas petroleras. Un problema personal no incumbe a nadie más que al propio perjudicado; sin embargo...

El yanqui *míster* Grass apartó el cigarro de entre sus dientes y exigió:

—Vaya al grano, por favor.

—Mi nieta Evel, joven mujer de toda mi confianza a la que había enviado a Norteamérica, a Miami concretamente para que se pusiera en contacto con nuestro hombre el investigador, ya saben, Diavolo...

Hizo una pausa; al alcance de la mano no tenía ningún vaso con agua y sentía el paladar reseco.

Peterson, siempre solícito, se dio cuenta y se apresuró a abrir un armario incrustado entre los anaqueles de libros. De él sacó una botella y un vaso en el que escanció bebida. Todos se mantuvieron en silencio, a la espera de que *sir* Hotmont reanudara su explicación.

—Mi nieta Evel, que actuaba como secretaria personal mía en muchas de mis gestiones, se hospedaba en el chalet de unos amigos de la familia.

—¿Le ha sucedido algo a su nieta? —preguntó el árabe con su

tono bajo de voz.

—Ha desaparecido.

—¿No estará en algún *pub*? —preguntó míster Grass, siempre pragmático.

—El chalet ha sido destruido por el fuego y hay indicios de lucha en su interior. El automóvil de mi nieta ha sido encontrado afuera y a ella no se la encuentra por parte alguna. Éste es el informe que el cónsul inglés en Miami ha enviado a la Embajada británica en Washington y el Foreign Office, aquí en Londres, acaba de llamarme para comunicarme la mala noticia, puesto que Evel no tiene padre y yo ejerzo como su tutor.

—No se preocupe; la policía de mi país la buscará y más siendo británica, súbdita de su majestad la reina y por si fuera poco, nieta de un aristócrata financiero.

—Le recuerdo, míster Grass, que en su país las desapariciones se producen muy habitualmente; no controlan ustedes las calles como dan a entender, pese al gran paquete de dólares que dedican a la policía.

—¿Acaso han resuelto ustedes el problema de la criminalidad en la calle? —replicó el yanqui.

—No, no lo hemos resuelto, pero ustedes los americanos son los reyes.

—Por favor, dejemos este asunto que va a terminar con una controversia internacional de a ver quién tiene más sádicos sueltos por la calle. Sé perfectamente que su nieta es joven y muy guapa y si estaba sola en el apartamento podía ser atacada por un maníaco sexual, eso cabe dentro de lo posible y ocurre lo mismo en Miami que en Londres.

—En Suiza estamos más controlados —dijo Herbert.

Míster Grass replicó agrio:

—Como están siempre con la nieve hasta el cuello, se les deben congelar los pistones.

Herbert se puso rojo, lo cual no era nada habitual en él. Se irguió en la butaca, pero antes de que pudiera decir nada, *sir* Hotmont intervino.

—Por favor, yo he comentado este asunto que parece ser personal porque estoy convencido de que guarda una relación con los sabotadores, ya que sabía por Diavolo que los sabotadores

estaban en Miami.

—No creo que los saboteadores sean americanos —gruñó míster Grass.

—Los saboteadores pueden ser de cualquier parte —dijo el suizo, muy estirado y puntualizador.

—Eso es cierto y puede tratarse de una banda internacional —opinó *sir* Hotmont.

Míster Grass preguntó:

—¿Cree que los saboteadores sé han molestado en raptar a su nieta, *sir* Hotmont?

—Es una posibilidad.

—¿Con qué motivo? —inquirió míster Grass que seguía siendo un hombre muy práctico mientras Peterson, el relaciones públicas, preparaba otros dos vasos con *whisky* puro escocés para el americano y el suizo sin que se lo hubieran pedido, y una copa de jarabe de menta sin alcohol para el árabe.

—Ignoro el motivo, puede ser que traten de presionarnos más o quizá han descubierto el contacto de ella con Diavolo, no lo sé, pero es importante que mi nieta sea encontrada cuanto antes.

—La encontraremos —sentenció míster Grass.

Se levantó de su butaca y colgó el teléfono rojo; luego, lo volvió a descolgar y marcó un par de numeritos. Al poco, su voz autoritaria, oscura y grave al mismo tiempo, gruñía:

—*Miss*, póngame con el despacho del gobernador de Florida, soy míster Grass. Sin demoras.

CAPÍTULO IX

—Eres un tipo guapo —había silabeado Morgan a Diavolo, que permanecía encerrado dentro de la jaula del leopardo, una jaula que daba acceso a cubierta por la escotilla superior y el enrejado, a la salita.

Tenía un suelo plástico apto para ser limpiado con la manguera y una abertura para que todo lo limpiado, incluida el agua, cayera al mar por el casco de babor de la embarcación.

—¿De qué te servirá tenerme aquí?

—Podría hacerte hablar, guapo, pero esperaré a que lleguen los muchachos.

Diavolo comprendió que si continuaba encerrado, cuando llegaran los que ella llamaba «muchachos», iba a pasarlo muy mal.

—Sólo quería hacer un negocio de tiburones.

—¿De tiburones?

Soltó una carcajada, abrió una botella de *whisky* y bebió del propio gollete como lo hubiera hecho el más alcoholizado de los lobos de mar.

—Bueno, tú tienes montada una compañía de pesca de tiburones en las costas del Pacífico de México, ¿no?

—¿Yo? No, no, es mi hermano.

A Diavolo se le encendió una luz en la mente. Aquella mujer llamada Morgan no lo era todo, quizá el jefe del grupo saboteador no fuera ella si no aquel hermano al que acababa de aludir.

—¿Tu hermano?

—Sí, somos mellizos. Mi hermano Bob siempre ha sido muy listo, creo que me hubiera casado con él si no fuéramos hermanos...

Se rió de nuevo antes de volver a tomar *whisky* directamente de la botella.

No hacía falta tener la mente muy despejada para darse cuenta de que en aquellos momentos podía sonsacar con habilidad a aquella mujer alcoholizada; lo que no sabía era para qué le serviría la información si le desollaban vivo allí dentro.

—Me han contado que Morgan es el mejor tiburonero del Pacífico.

—Y lo es, claro que lo es, pero eso no da para mucho. Estuvo como sargento de los Boinas Verdes en Vietnam, allí sí que le daba duro a esos monos amarillos.

—Y dejó el ejército.

—Sí, las cosas ya no son como antes. Aquí hay mucho hijo de perra que se ha vuelto blando, pronto tiene que venir alguien que tenga la mano dura. Bob no se conforma, tiene grandes planes, claro que todo no lo hace él solo, tiene a los mejores tipos que cumplen sus órdenes sin rechistar.

—¿Qué clase de tipos?

—¿Y a ti qué te importa? Anda, bájate los pantalones —volvió a beber y a reírse—. No tendrás vergüenza de mí, ¿verdad?

Continuó riéndose, sus ojos ya estaban enrojecidos. Había bebido pocas veces del gollete de la botella; sin embargo, los tragos habían sido largos y la botella ya estaba por la mitad.

—¿Y no podría trabajar para Bob?

—¿Trabajar tú para él? Tú tienes un poco de acento francés, ¿eres de Georgia?

—De un poco más lejos, ¿qué importa? —respondió Diavolo.

—¿Has sido un Boina Verde?

—No.

—Entonces, es que eres un cagado.

—¿Tú crees?

—A mí me gustan los tipos muy duros, Bob lo es.

—¿Por eso tú jamás te has casado?

—Oh, lo has adivinado —volvió a beber—. Tú no podías ser un Boina Verde, te he cazado como a un pajarito. Los vietnamitas te habrían llenado de cahitas de bambú y parece rías un erizo.

—¿Y Bob salió con bien de todo en el Vietnam?

—Sí, bueno, tuvo alguna herida, pero nada. Perdió tres dedos de una mano y tiene una cicatriz en la cara.

—¿Un vietnamita?

—No —volvió a reír—. La verdad es que los tipos más listos se tumban de la forma más estúpida. Le estalló la bomba de mano a él mismo mientras les contaba un chiste a sus muchachos, Bob es así.

—Pero ¿el *night-club* Jaws es tuyo o de tu hermano?

—Es mío, pero me dejo aconsejar.

—¿Y el yate?

—De los dos, aunque él tiene varias lanchas tiburoneras que se las trabajan los mexicanos.

—Yo soy piloto, podría servirle.

—¿Aviador?

—Sí.

—Creo que Bob se ha comprado algún avión para llevar cosas arriba y abajo, así el transporte le sale más económico. Sirve a los laboratorios farmacéuticos materias primas del tiburón, ya sabes. La verdad es que Bob se ha metido en este asunto porque es un cazador nato, por eso yo sé disparar tan bien como él. Bob me enseñó, ¿te he dicho que somos mellizos?

Aquella singular mujer hablaba cada vez más despacio, con voz más estropajosa. Al fin, se inclinó sobre la mesa con un brazo debajo de la cabeza y a Diavolo le pareció que aquella mujer estaba frustrada para toda la vida por no haber encontrado a un hombre que superara a su hermano que para ella debía ser un auténtico «Superman».

Levantó su bota izquierda y sujetó el tacón entre sus dedos, con fuerza. Logró hacerlo girar hasta quitarlo.

Por su parte interior tenía una diminuta espita y un resorte que oprimió dos veces. Se encendió una fina llama oxidrónica. El propio tacón contenía dos minienvases, uno con oxígeno y el otro con hidrógeno y un diminutoartilugio de encendido electrónico que convertía al tacón en sí mismo en un pequeño soplete manejable, de poca duración pero muy efectivo.

Aplicó la llama al metal de la escotilla, muy cerca de donde consideraba que estaba el cerrojo.

La plancha se puso roja y comenzó a cortar en círculo hasta que la plancha de dos milímetros quedó cortada en un agujero suficiente para pasar una mano por ella.

Apagó el pequeño soplete, olía a quemado. Aún no podía pasar la mano, el acero quemaba y no tenía agua para enfriarlo

bruscamente.

Morgan, la extraña mujer, roncaba.

Pasaron unos minutos. Quiso introducir la mano por el agujero y comprobó que quemaba, el enfriamiento era lento.

En aquel momento se escuchó una campanilla. Recordó que debía ser la campanilla de la pasarela. Había sido abierta la cadena que cerraba el paso y la campanilla advertía del hecho; por tanto, no tardarían en llegar nuevos visitantes, posiblemente procedentes del *night-club* Jaws.

Morgan se removió sobre la mesa como si la campanilla hubiera excitado su subconsciente.

Diavolo se dijo que, si no actuaba con rapidez, estaba perdido.

CAPÍTULO X

Metió la mano por el agujero recién practicado en la plancha de acero de la escotilla y exponiéndose a que ésta no sólo fuera descubierta si no también pisoteada en cubierta, descorrió el cerrojo, preparando así la escapada.

Se elevó, apoyando sus pies en las rejas y alzando ligeramente la escotilla.

Miró hacia el exterior; en cubierta cuchicheaban dos hombres, como poniéndose de acuerdo sobre algo antes de ver a Morgan.

El leopardo rugió; su rugido debía oírse desde todos los yates cercanos, amarrados también en el malecón.

Los dos hombres avanzaron, debían saber cómo pasar junto al felino encadenado sin que éste les alcanzara de un zarpazo.

Diavolo aprovechó para levantar la tapa y salir a cubierta, cerrando tras de sí. Se deslizó hacia popa. El felino le vio y volvió a rugir.

Diavolo se volvió hacia él y le dedicó un instintivo corte de manga. Por la pasarela, saltó al suelo. Muy cerca había un vehículo con la ventanilla bajada, era un coche ranchera en el que supuso habían llegado los dos visitantes del yate.

Como solo tenía que abrir la puerta, se introdujo en él y con gran sorpresa comprobó que las llaves estaban puestas en el contacto, que no era preciso hacer ninguna maniobra para ponerlo en marcha fraudulentamente.

Era evidente que aquellos dos hombres habían estacionado allí el coche para volver a marcharse de inmediato, de lo contrario no lo habrían estacionado tan mal ni dejado las llaves puestas.

No dudó en accionar el contacto y ponerse en marcha sin prestar atención a la gran maleta de fuelle que llevaba en el paquetero del

largo y gran automóvil modelo ranchera.

Dio la casualidad de que la puesta en marcha del coche coincidió con un rugido del leopardo que tensó la cadena como queriendo liberarse de su sujeción y los dos hombres no se percataron de lo que ocurría afuera.

—Está borracha —gruñó uno de ellos, el más alto y delgado. Poseía una mandíbula extrañamente larga, redondeada en un extremo.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó el otro.

El largo se encogió de hombros.

—Nos han dicho que entregáramos la prisionera a Morgan, que la encerraría en el yate y éste se haría a la mar.

Era curioso que siendo ambos mellizos distintos, hombre y mujer, llamaran por el apellido a la mujer y por el diminutivo del nombre de pila al hombre, pese a que éste era de temer.

A la mujer se la conocía como Morgan y a su hermano por Bob pese a que éste, cuando le interesaba, decía llamarse Morgan, sargento Morgan.

—Hay que despertarla.

El largo la sacudió y la mujer, que apestaba a *whisky*, gimió.

Al fin, abrió los ojos, unos ojos enrojecidos. Cayéndole una ligera baba por las comisuras de los labios, inquirió:

—Eh, ¿qué os pasa?

Los dos hombres se miraron entre sí, como preguntándose si ella sabía lo que se decía o se creía todavía en un sueño, inmersa en una piscina de licor que le hacía ver toda clase de fantasías que debían hallarse muy lejos de la realidad.

—¿Sabes cómo te llamas? —preguntó el largo como si fuera un árbitro de boxeo encarado con el púgil que, ya groggy, se tambaleaba con la mirada extraviada.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Morgan, cojones, Morgan. —Dio puñetazos sobre la mesa; aquella mujer demostró poseer un puño fuerte.

—Bien, bien, no grites más —le pidió el largo.

—Y nosotros, ¿quiénes somos? —preguntó el que secundaba a su compinche en todo.

—Unos hijos de perra malparidos y sietemesinos.

—Ya, ya, pero ¿cómo nos llamamos? —insistió el que acababa de preguntar.

—Luke y Joe. ¿Es que no vais a dejarme dormir?

—Hay que hacerse a la mar. ¿Es que no te acuerdas, Morgan? —Gruñó Joe, el largo.

—Ah, sí, es verdad, hemos de hacernos a la mar, pero tengo que deciros que he cazado a un pajarraco de cuidado —les comunicó con su voz estrepitosa y totalmente insegura.

—¿Qué dices que has cazado? —preguntó Joe.

—Un pajarraco, está en la jaula. Miradle, miradle.

Ambos se volvieron hacia la pared enrejada. Después, se miraron entre sí y al fin, Luke exclamó:

—Aquí no hay nada.

—¿Nada? Pero ¿qué dices? Si de esa jaula no se puede escapar.

—Pues está vacía.

Morgan se incorporó en su silla. Avanzó hacia las rejas y se aferró a ellas como si sus manos fueran garras de ave carnicera.

Miró hacia el interior mientras su cuerpo se tambaleaba. Parpadeó varias veces y volvió a mirar, ahora hacia arriba, mientras los dos hombres intercambiaban un gesto, como dando a entender que estaba loca.

—Eh, mirad, hay un agujerito. Si no fuera por la luna, no lo vería. Sí, hay un agujerito en la escotilla... Ese tipo se habrá vuelto pequeñito y habrá pasado por el agujero para escapar. ¿Cómo cojones lo habrá hecho? Debe ser un mago, eso es, un mago. Ya me parecía a mí que era muy guapo.

—¿Estás segura de lo que dices? —insistió Joe.

—Claro que sí. Me lo habría llevado a la cama si no hubiera sabido que, de hacerlo, habría saltado por encima de mí para escapar. He tenido que meterlo ahí dentro a punta de escopeta.

—Luke, mira por arriba.

—Sí, ahora voy.

—Ese pájaro es un pájaro de cuenta y ha volado. Ya me parecía a mí mucha chiripa haberlo atrapado y mientras yo bebía, él se ha ido haciendo pequeñito con su magia y a volar; pero ¿cómo cojones habrá hecho el agujerito, con los dientes?

Luke abrió la escotilla y mirándoles, dijo:

—Quien quiera que sea, ha hecho un agujero en la plancha de

acero, ha descornado el cerrojo y se ha ido.

—Vaya, conque es cierto... ¿Y qué buscaba aquí ese tipo, Morgan?

—A Bob, buscaba a Bob. Decía que quería pescar tiburones, o cazar, ahora no sé si era pescar o cazar, da lo mismo, ¿no? —Se echó a reír—. Un trago, sí, un trago, estoy que reviento de sed.

—¡Eh, Joe!

—¿Qué pasa ahora?

—¡El coche!

—¿Qué coche?

—¡El nuestro, con la maleta!

—¿Qué pasa?

—¡Ya no está!

—¿Cómo que no está?

—¡Ha desaparecido!

—¡No puede ser!

—Sal afuera y lo verás con tus propios ojos. Ha debido ser el pájaro que cazó Morgan.

CAPÍTULO XI

Diavolo tenía ya más datos sobre el caso que investigaba, pero debía poner orden en su mente. En los últimos días había dormido muy poco.

Se detuvo en un restaurante rápido para automovilistas en el que no tenía ni que apearse para que le sirvieran en una bandeja un par de sandwiches y algo para beber más un café, todo pedido a través del intercomunicador.

Mientras comía, giró la cabeza y se fijó en la maleta que estaba detrás. Era de fuelle y grande, muy nueva.

Sin demasiado interés, se preguntó qué era lo que debía contener; pagó la rápida cena y se alejó.

Se detuvo en un motel donde vio muchos autos estacionados. Fue a conserjería y pidió una habitación. Alargando cinco dólares, no hubo problema.

Quería que tuviera ducha independiente, suspiraba por un buen duchazo. Le dieron la llave. Regresó al coche, lo estacionó debidamente y quitó las llaves.

Fue entonces cuando volvió a mirar la maleta. Frunció el ceño, le había parecido oír algo y no estaba seguro de qué podía ser. El motor del coche estaba detenido y por tanto, no podía provocar ruidos.

Cabía la posibilidad, no obstante, de que al comenzar el enfriamiento de la máquina y su carrocería, hubiera contracciones metálicas que siempre producen ruidos.

Abrió la puerta posterior y se enfrentó con la maleta. Tenía dos anchas correas de sujeción; las abrió y luego descorrió la cremallera, escuchando claramente la forzada respiración de un ser humano.

No había luz suficiente para distinguir e introdujo una mano. Palpó el cuerpo, comprobando que respiraba bien, fatigosamente pero bien. Era una chica, no cabía duda.

Volvió a cerrar la cremallera y sacó la maleta del coche. Cerró la portezuela de carga y levantó la maleta, cargándosela al hombro. Se dirigió a la habitación y una vez dentro, cerró la ventana de forma que no pudiera ser observado desde el exterior.

Abrió la maleta y sacó a la chica.

Ya con luz, la reconoció de inmediato.

—¡Evel!

La tendió en la cama con sumo cuidado, dejando sus brazos lánguidos a los lados del cuerpo. Le tomó el pulso y comprobó que su corazón latía bien, algo acelerado, parecía absorber más aire de lo normal.

Le olfateó el rostro y gruñó:

—Eter.

Había sido raptada, no cabía duda, pero ahora ya estaba libre.

La movió, buscándole posibles heridas o morados. Tenía algunas marcas en las muñecas, donde otras manos debían haber ejercido fuerte presión.

La dejó tendida. Nada cabía hacer, puesto que parecía drogada pero normal y como era joven, no había que temer un posible ataque cardíaco. Aquellos tipos la habían raptado, no asesinado.

Se desnudó, se metió en la ducha y luego se tendió en la cama junto a la chica. Se durmió. Necesitaba descanso para que su mente, una vez despejada, coordinará mejor.

Pasaron las horas.

Como aquel ala del motel estaba encarada al este, los primeros rayos del sol se filtraron por la persiana de la ventana.

Evel abrió los ojos de súbito. Tenía el paladar reseco, como si se hubiera pasado una semana sin beber agua. Un zumbido laceraba su cabeza, agravado por el ruido de coches y camiones circulando por la carretera próxima.

—¿Dónde estoy? —se preguntó.

No hallaba la respuesta adecuada. Había sufrido un montón de extrañas y fuertes pesadillas de las que no se había podido evadir hasta que los rayos del sol penetraron a través de las persianas de aluminio.

Al mover la mano, tocó un cuerpo humano, sí, era un cuerpo humano.

Lo palpó ligeramente, se volvió y se sobresaltó al verse acostada junto a un hombre que permanecía de espaldas a ella.

—¡Ah!

Evel saltó de la cama, escapando. Se observó a sí misma como buscando en su cuerpo algo que le explicara lo sucedido durante su inconsciencia.

El complet amarillo sin mangas y con un gran escote, estaba perfecto, no había rasgaduras en él y tampoco tenía las cremalleras bajadas ni los corchetes sueltos.

Miró la espalda del hombre y le pareció ancha y musculada, pero su idea era escapar, escapar. Recordó a los dos enmascarados que la atacaran y cuando pretendía alcanzar la puerta, el hombre se volvió hacia ella.

—¡Evel!

—¡Diavolo!

—Menos mal que has despertado. ¿Te encuentras bien?

La nieta de *sir* Hotmont parpadeó, indecisa. Se acordaba del ataque en el chalet de los dos enmascarados que la habrían dormido utilizando la fuerza y un pañuelo con éter.

—Tranquilízate, estás bien y ellos no andan cerca.

—¿Ellos?

—Sí, los dos tipos que te raptaron.

—¿Los dos tipos que me raptaron? ¿Cómo lo sabes?

—Te metieron dentro de esa maleta que ves ahí. Es una historia larga.

—¿Y cómo sé que tú no eras uno de ellos?

—¿Yo uno de ellos?

—Llevaban la cara tapada como haces tú.

—¿Con el casco negro?

—No, utilizaban caretas de látex monstruosas.

—¿Para qué tenía que raptarte yo y luego liberarte? Vamos, vamos. Les he quitado el coche a esos tipos y tú estabas dentro de la maleta que llevaban en el portaequipajes. Además, ya sé quiénes son.

—¿De veras?

—Sí, los mellizos Morgan y sus secuaces, unos tipos de cuidado,

pero tú puedes estar tranquila, no te ha sucedido nada y la verdad es que si el yate llega a zarpar, no sé cómo hubiera podido liberarte.

Diavolo vio en los ojos de la joven que no comprendía nada y prefirió decirle:

—Mejor te lo contaré todo en otro momento, estoy en una buena pista. Es necesario saber si la junta aprueba el pago de la segunda exigencia de los sabotadores.

—Tendré que llamar a mi abuelo.

—Pues, aquí hay un teléfono.

—Esperaré unas horas, siento que la cabeza me da vueltas.

—Es posible que te hayan drogado, además del éter. Esos tipos son de cuidado y especialmente la mujer, Morgan.

—¿Una mujer llamada Morgan?

—Sí, una alcohólica que adora a su hermano al que cree Superman. Bueno, si te sientes mareada, te recomiendo un duchazo. Luego, salimos de aquí y nos vamos a desayunar.

—¿Y tú has dormido toda la noche conmigo?

—Alguien tenía que cuidarte.

—Sí, claro. ¿Y te das cuenta de cómo estás?

Diavolo se miró.

—Ejem... Bueno, no había ninguna mala intención en mi desnudez, es que así duermo más a gusto. Me pegué un duchazo antes de acostarme.

—Y me juras, me juras que...

—¿Que no te he tocado?

—Sí.

—Pues no ha sido por falta de ganas, pero hubiera sido una canallada abusar de una chica drogada. ¿No crees?

—Sí, claro que habría sido una canallada.

—Una canallada sin nombre.

—Eso es, una canallada sin nombre.

—Pero, ahora ya no estás drogada y me gustas, Evel.

—¡No te atreverás!

Diavolo saltó de la cama y le cortó el camino hacia la puerta. La muchacha retrocedió, se encerró en el baño y él le recomendó:

—Una ducha es lo mejor. Ahora vuelvo.

Evel se quedó quieta, tensa. Oyó el portazo y se asomó, vio que la alcoba estaba vacía e hizo ademán de marcharse. Se lo pensó

mejor y volvió a entrar en el cuarto de aseo.

Cuando volvió a salir, ya duchada, la habitación olía a café.

Había una bandeja de plástico con desayuno caliente. Diavolo estaba sentado en la única silla que había en la estancia.

—¿Cómo ha ido la ducha, te encuentras mejor?

—Tengo la impresión de que no haces más que burlarte de mí.

Evel tomó el vaso de leche y bebió un poco. Despacio, como recelosa de caer en una trampa, se sentó en el borde de la cama.

—Me desconciertas, Diavolo —musitó, mirándole a los ojos, como buscando en ellos la verdad.

—Yo no te confundo, Evel, te confundes tú misma.

La joven parpadeó. Volvió a beber leche hasta consumir dos tercios del vaso y lo depositó sobre la bandeja que se hallaba sobre la mesita que tenía la habitación.

—¿Por qué me confundo yo misma? —preguntó.

—Porque cuando llegaste a Miami en lugar de tu abuelo, que estaba citado conmigo, te sentiste muy bien provocándome. Eras como una niña traviesa que quiere reírse de su compañero de juegos. Me llevaste a la playa y nadamos, pero había algo más.

—¿Qué más?

—Sexualidad.

—¿Estás seguro?

—Tú hacías subir la temperatura de mi sangre creyendo que así me dominabas y no te dabas cuenta de que al mismo tiempo subía la temperatura de tu propia sangre.

—¿Acaso tienes un termómetro?

—Sí.

—Ejem...

—Después, pensaste que me tenías atrapado con tus encantos.

—Supones demasiado.

—Yo tenía que convertirme en una especie de títere movido por tus ojos, por tus labios, por tus manos, por tus piernas y por esos hermosos pechos que tienes.

Ella le miró sin decir nada; quería protestar pero en realidad sorbía las palabras del hombre como un néctar de los dioses.

—Sin embargo, las cosas han cambiado. Te atraparon; yo con bastante suerte, he podido liberarte. Luego, has despertado a mi lado y has pensado que había abusado de ti.

—Era lo lógico, ¿no?

—Y ahora, estás un poco defraudada.

—¿Qué?

—Bueno, cuando a una chica la violan dormida supongo que se le queda la conciencia más tranquila diciéndose que no ha podido evitarlo.

—No digas tonterías.

—Ahora, te sientes preocupada por mí, según tus desconcertantes reacciones. Esperabas que me comportara de una manera y lo he hecho de otra muy distinta.

—¿Eres psiquiatra?

—Creo que tu abuelo se ha arriesgado demasiado al enviarte a esta misión en la que debía haberse presentado él.

—Soy competente y él confía en mí. Los tipos que me raptaron también podían haber secuestrado a mi abuelo. Entraron en la casa por sorpresa, con una pistola y enmascarados.

—Muy bien, ahora te darás cuenta de que esto no es un juego. Yo cobro bastante por este trabajo y lo hago porque sé que en el momento menos pensado algún pistolero a sueldo puede meterme dos balas en la espalda, estoy expuesto a eso.

—Todos estamos expuestos, no te olvides de los trabajadores de la plataforma petrolera que fue sabotada y cayeron al mar. Los que no se ahogaron, murieron quemados.

—Tienes toda la razón. Ése es uno de los motivos principales por los que estoy deseando descubrir a los culpables. En este asunto, la unión de varias policías entorpece más que ayuda. Cada una de ellas es muy celosa de sus propias acciones y, al mismo tiempo, desea ser la que capture a los criminales para llevarse el éxito a sus vitrinas.

—¿Crees que tú conseguirás más que ellas?

—Eso espero, tengo una pista importante.

—¿Y si es equivocada?

—No, no lo creo, ha sido más fácil de lo que esperaba. Tengo ya una lista del material destructivo que esa organización de saboteadores posee. Tiene un avión, lanchas, un planeador posiblemente trucado, bueno, será mejor decir «tenían» porque ya no les queda otro, claro que pueden haberlo restaurado. De todos modos, poseen minas marinas yanquis suficientes para volar una

docena de torres petroleras.

—Eso es muy grave.

—Sí, es muy grave que unos desaprensivos, por hacer negocio, vendan minas de guerra a los particulares, claro que a los milicianos también es malo, porque no las compren para que les salgan telarañas, precisamente.

—¿Crees que las emplearán?

—Es posible. Hay que tener en cuenta que si la United Petroleum Corporation paga los veinte millones de marcos, ellos se sentirán muy satisfechos, dejarán pasar un tiempo de euforia y quizá vuelvan a pedir más dinero, a la propia UPC o a otra compañía multinacional petrolera, naviera o de aviación, se considerarán fuertes.

—¿Tu opinión es que no se debe pagar?

—Mi opinión no vale, es la junta extraordinaria la que debe decidir, ellos sabrán cuáles son sus ganancias y sus pérdidas. Mi trabajo es descubrir a los criminales. No obstante, en todo esto intuyo algo maquiavélico.

—Todos los chantajes con sabotajes criminales son maquiavélicos.

—No, hay algo más. Todo obedece a un plan metódico y cerebralmente calculado, como si la respuesta la hubiera dado un ordenador sin sentimientos.

—¿Por qué piensas eso?

—Ya te lo contaré otro día si es que no me liquidan antes. Y ahora, dime cómo te sientes.

—¿Yo?

—Sí. ¿Más sosegada?

—Sí —aceptó ella, cuando Diavolo se le había acercado y puesto una mano sobre la redondeada cadera.

—Ahora, besarte ya no será un abuso por mi parte, ¿verdad?

—¿Vas a comportarte como un canalla? —Evel le miró desafiante con sus ojos celestes.

—No, quiero comportarme como tú me ves.

—¿Y cómo te veo yo? —inquirió, esbozando sus labios un mohín burlón.

—Como un hombre.

La atrajo hacia sí. Notó una ligera resistencia, pero la besó en los

labios, primero rozándolos, precalentándolos, obligándoles a abrirse. Ella hizo un gesto brusco con la cabeza y se mordisqueó los labios.

—¿Cosquillas? —Runruneó Diavolo.

—Eres un sádico.

Volvió a besarla, ahora presionando. Los labios femeninos ya estaban abiertos y se volvían jugosos como la pulpa de una fruta apetecible.

Evel lanzó sus brazos al cuello del hombre y ni se dio cuenta de que caía sobre la cama, de espaldas.

Los besos de Diavolo pasaron de los labios a las mejillas y de éstas, a los párpados. Luego fueron para sus orejas y descendieron por el cuello hasta los hombros.

—Hummm, Diavolo...

—¿Sí? —preguntó, casi fue un gruñido cariñoso.

—¿Y cómo me ves tú?

—Como la mujer más bonita con la que me he acostado.

—No, no, tú no te has acostado conmigo.

—Sí, ya hemos dormido juntos.

—Pero, eso es distinto —protestó Evel sin fuerza mientras él la besaba por encima de los senos y ella notaba un cosquilleo que la enervaba, un cosquilleo que le gustaba más de lo que había supuesto.

Los tirantes del complet fueron apartados y quedaron al descubierto las puntas de los senos. Diavolo succionó levemente las cúspides de las areolas y ella notó unos pinchacitos que la hicieron estremecer toda, que la obligaron a lanzar unos tenues chilliditos pero que no la empujaron a rechazar al hombre, bien al contrario.

—Te voy a quemar las alas, mariposa.

Con un suspiro, ella respondió:

—Ya noto el fuego, ya lo noto, Diavolo, ya lo noto...

CAPÍTULO XII

Por el horizonte marino asomaba medio sol, como si se tratara de un ojo indiscreto presto a fisgar en el mundo maligno de los humanos que poblaban el planeta.

Cuando el pequeño yate Tigre del Mar se encontró en aguas internacionales con la tiburonera Two Jaws, en una maniobra hábil se acercaron ambas embarcaciones hasta sujetarse por babor y estribor, respectivamente.

Morgan tenía una fuerte e insoportable jaqueca. Sus ojos estaban rodeados de círculos azules y la piel colgaba bajo ellos. Parecía más vieja, mucho más vieja que hacía sólo unas cuantas horas.

—¡Bob, hermano, Bob!

Los mellizos se abrazaron, pero en los ojos de Bob Morgan había inquisición. Morgan era un hombre alto y fuerte, su cabello era crespo, cano y cortado al cepillo.

Sonreía y la enorme cicatriz que iba de la sien derecha a la comisura del labio del mismo lado, convertía su cara en algo que inspiraba rechazo.

Efectivamente, en su mano faltaban tres dedos. Vestía de color verde y en muchas ocasiones utilizaba una boina ladeada para cubrir su cráneo.

En la tiburonera había tres hombres más de rostros duros, miradas inquietas y agresivas.

—Hola, hermana. ¿Cómo fue todo? Ah, ya veo que te has traído el gatito.

—Sí, al gatito. Sentémonos, sentémonos y te contaré...

Se acomodaron en unas hamacas de lona y una vez sentados, Morgan explicó, no sin algo de temor, mirando a su hermano de reojo, temiendo sus posibles reacciones violentas:

—Raptaron a la chica tal como tú habías planeado.

—Bien. ¿La traéis en el yate?

—Verás, los muchachos la trajeron en la maleta, pero dejaron la maleta en el coche.

Bob Morgan frunció el ceño mientras las dos embarcaciones, sólo separadas por cuatro grandes neumáticos que hacían de colchón entre ambos cascos, se mecían con los motores parados.

—¿Qué tratas de decirme?

—Verás, Bob, espera. Yo, yo cacé a un pajarraco.

—¿Un pajarraco?

—Sí, un encapuchado que subió al yate.

—¿Diavolo?

—¿Diavolo? —repitió Morgan a su vez, perpleja.

—Sí, te dije quién era.

—Ah, sí, el que iba con la chica... Bueno, pues él se la llevó consigo.

—¿Qué Diavolo se llevó a la nieta de *sir* Hotmont?

Morgan, que temía una explosión colérica de su agresivo hermano, asintió apenas sin voz.

—Sí.

Bob Morgan estalló y no con violencia, si no en una ruidosa carcajada mientras su hermana le miraba desconcertada.

—Magnífico.

—No te entiendo, Bob.

—Yo ya sé lo que me digo, hermana. Secuestrasteis a la nieta de *sir* Hotmont, la metisteis en una maleta, capturasteis luego a Diavolo y él se escapó llevándose a la chica. ¿No es eso?

—Sí, eso es.

—Perfecto, sólo hay un problema: El Tigre del Mar no será bueno que regrese por algún tiempo a Miami, lo vas a llevar a Panamá.

—Bob, ¿podrías explicarme tus planes de una condenada vez?

—Ganar millones, hermana, ganar millones, nunca pensé que fuera tan fácil... Claro que hay que tener agallas y unos tipos que te ayuden. Mis hombres son los mejores, pelearon conmigo en Vietnam y saben luchar sin miedo a la muerte.

—Luchar y matar, claro.

—Mira que eres idiota... ¿Es que lo uno no va unido siempre a

lo otro? Luchar es matar, al enemigo hay que eliminarlo. El enemigo es quien te impide llegar al objetivo propuesto y la mejor forma de librarse de él es matándolo.

—Pero ¿tú no querías que trajéramos aquí a la chica?

—Sí, pero olvídale, es un estorbo menos. La fruta está madura y pronto podremos cogerla. ¡Willy, tráenos unas cervezas! —pidió a uno de sus hombres.

—Sí, sargento.

Abrieron los botes y saltó la espuma blanca. Ambos mellizos bebieron, refrescándose.

—Ven, mira ahí a estribor.

—¡Cojones, vaya tiburonazo! —exclamó Morgan.

—Grande, ¿eh? —rezongó Bob Morgan mostrándoselo orgulloso, como si fuera una madre cuarentona que enseña a su último hijo muy rollizo.

—Es un tiburón azul, ¿verdad?

—Un verdadero tiburonazo. ¿Le pondrías el pie para hacerle cosquillas?

—No, claro que no, no me gustan las piernas ortopédicas. —Morgan le miró a la cara y preguntó—: Está muerto, ¿verdad?

—¿Muerto? Ahora verás.

Bob se introdujo en la cabina de pilotaje y salió llevando en su mano una especie de walky-talkie de gran tamaño, como de dos palmos de alto. Estiró la antena telescópica y manipuló en el controlador remoto electrónico. El tiburón comenzó a moverse.

—Eh, ¿qué te parece?

—¿Qué has hecho, Bob?

—Yo, no, unos tipos que saben mucho de estas cosas. Les pedimos un tiburón para filmar una película y lo hicieron como el de esa cinta tan famosa. Siempre hay quien hace las cosas igual e incluso mejor que los que se han llevado la fama.

—¿Es un tiburón falso? —se asombró Morgan.

—Eso es. Por fuera tiene la piel y las aletas de un tiburón auténtico y por dentro tiene los mecanismos que lo mueven. No es que haga muchas cosas, se mueve hacia adelante, luego hacia derecha o izquierda, pero no se puede hundir más.

—¿Y cómo se mueve hacia adelante?

—Dentro lleva un motor eléctrico muy silencioso. Lógicamente,

no tiene para mucho rato.

—¿Y para qué sirve este bicho tan terrorífico?

—Para ser más terroríficos aún de lo que imaginas.

—No entiendo.

—Dentro lleva una mina marina capaz de hundir a un destructor con varias pulgadas de espesor en el casco.

—Conque una mina en la barriga, ¿eh?

—Sí. Este tiburón es un torpedo camuflado del que no van a sospechar los que se hallen encima de una plataforma petrolera. A distancia se le dirige hasta que llega al objetivo y entonces ¡pammm! La torre abajo.

—Qué ideas se te ocurren, Bob. Si en vez de sargento en Vietnam hubieras sido general, habríamos ganado y aplastado a los monos amarillos del tío Ho.

—De eso puedes estar segura. Tengo planes, muchos planes. Haré una llamada y luego pondremos proa al sur.

—Al sur está Cuba.

—Daremos un rodeo para no encontrarnos con los muchachos de la Navy.

—Yo llevaré el yate a Panamá. ¿Y luego?

—No hace falta que vayas tú, que lo lleven tus muchachos y luego cojan el avión y regresen a Miami. El yate puede quedar amarrado.

—¿Y adónde vas tú?

—Maracaibo.

—¿El nido del petróleo?

—Exacto. Si persiguen a alguien, lo harán al Tigre del Mar.

—¿Piensas cargarte otra plataforma petrolera?

—No, si no hace falta por ahora. Espero órdenes.

—¿Quién es el general en todo esto. Bob?

—Mejor que no lo sepas, hermanita, mejor que no lo sepas. Pero, no te preocupes, llegará un día en que lo eliminaré a él también y el negocio será para los dos. Hay muchos puntos débiles ahí en medio del mar, sólo hay que amenazarlos y si no pagan, hundirlos, así de fácil.

—¿Y no se lanzarán todos sobre nosotros?

—¿Quiénes son todos?

—La policía de todo el mundo.

—Hay que saber escoger los objetivos y ahora que todo va bien, voy a hacer una llamada.

—¿A quién?

—A mi general —sonrió Morgan, la cicatriz quedó bañada por la luz de un sol que ya había nacido.

—Atención, atención, Tiburón Azul llamando a Tiburón Rojo, atención. Tiburón Azul llamando a Tiburón Rojo —comenzó a decir, clarificando la voz y modulando las sílabas para que se le entendiera bien después de manipular en el emisor de radio que llevaba en su tiburonera—. Colibrí enjaulado y puesto en libertad, sano y salvo. Repito. Colibrí enjaulado y puesto en libertad sano y salvo. Diavolo tiene al Colibrí. Tengo Tiburón Azul preparado, tengo Tiburón Azul preparado.

Siguió hablando en clave y en sentido figurado mientras su hermana le escuchaba absorta sin comprender nada mientras en otra parte del mundo, un receptor de radio captaba con nítida claridad las palabras de Bob Morgan. Un magnetófono se había puesto en marcha automáticamente grabando las palabras para que fueran escuchadas con posterioridad por alguien que no estaba presente en aquellos momentos ante el receptor de radio.

CAPÍTULO XIII

Diavolo entregó a Evel el auricular del teléfono público.

—Ponte, tu abuelo quiere hablarte.

Ella se puso y pudo oír la voz cariñosa de *sir* Hotmont.

—Evel, ¿estás ahí?

—Sí, sí, abuelo.

—¿Cómo estás, mi pequeña?

—Bien, bien, sólo fue un susto.

—¿No te hicieron nada?

—No, no, me narcotizaron, pero Diavolo me rescató.

—Ese Diavolo vale mucho, pero ahora sepárate de él y toma un avión para Londres. Espero que te reúnas conmigo cuanto antes.

—Iré pronto, abuelo.

—Bien. ¿Tienes cheques de viaje?

—Sí, sí, tengo.

—Besos, Evel, te espero pronto.

—Adiós.

Se cortó la comunicación. Evel miró a Diavolo, interrogante.

—¿A ti te ha dicho algo más?

—¿Te refieres al caso?

—Sí.

—Han celebrado ya la junta extraordinaria, ha sido a medianoche y con el calificativo de «urgente».

—¿Y?

—Pagan.

—Entonces, ¿el asunto se da por terminado?

—No, todo lo contrario, hay que descubrirles.

—¿Cómo, si ya no van a actuar más?

—Eso está por ver. A mí me han contratado para qué investigue

y el contrato sigue en pie.

—¿Piensas atraparlos cuando cobren?

—No, en ese momento sería imposible. El pago se lleva a cabo ingresando el dinero en una cuenta secreta de un Banco suizo. No hay forma de averiguar nada.

—¿Quieres decir que los veinte millones de marcos se van a esfumar?

—Sí. El dinero se queda en la cuenta, los suizos lo tienen muy bien montado para proteger a los que consiguen el dinero, no importa cómo. Cuando pasen los siglos, quizá los milenios, será curioso buscar en las ruinas de Suiza, las ruinas de los Bancos, claro.

—Los billetes no valdrán nada entonces.

—También hay oro y piedras preciosas.

—No sé cómo explicarlo. Tengo una sensación grande de desánimo, es como si estuviera frustrada.

—No será por falta de emociones.

—No es eso, contigo estoy bien.

Le besó en los labios y él la estrechó por la cintura.

—Caerán esos criminales.

—Pero ¿cómo caerán?

—No lo sé aún. De momento, sabemos que el Tigre del Mar se ha ido.

—¿En qué dirección?

—Posiblemente, huyendo de Florida.

—¿Hacia el sur?

—Sí.

—¿Venezuela?

—Es posible. Todavía no se le puede hacer ninguna acusación en firme, pero quizá temen a la policía.

—¿Y qué puede hacer ese yate?

—Llevar las minas en su panza o quizá estén en otro sitio. De todos modos, si amenazaron con volar otra plataforma de la United Petroleum Corporation, Bob Morgan y sus secuaces no estarán en el Pacífico si no en el Atlántico, muy cerca de Venezuela, posiblemente a bordo de una de sus embarcaciones tiburonerías con bandera norteamericana; de este modo no llama la atención.

—Ahora, si cobran, ya no se dirigirán a Venezuela.

—Eso pienso yo, pero hay algo que no encaja del todo. Creo que la solución está en Bob Morgan.

—¿Lo vas a buscar?

—Es mi pista. Hasta llegar a él he tenido que recorrer muchas millas. Si Bob Morgan desaparece, la cadena se rompe y no daré con el cerebro.

—¿Y por qué Bon Morgan no puede ser el Cerebro?

—Sólo conozco a Bob Morgan por lo que me contó su hermana ebria, pero es suficiente para comprender que su cerebro no ha organizado todo esto. Bob Morgan era un suboficial, es un ejecutor, no un planificador. Me niego a creer que ha sido él quien lo ha planeado.

—¿Y quieres encontrar a Bob Morgan para que te diga quién es el cerebro?

—Sí, un jalón siempre conduce a otro. Bob Morgan no es mi objetivo final.

—Con tantos millones de marcos, puede refugiarse en el Brasil.

—Lo encontraré.

—No vas a encontrarlos jamás, son como una gota en el océano, se disuelven.

—No, y creo que existe algo que tiene el que ha planificado este asunto.

—¿A qué te refieres?

—Ya te lo diré en otro momento, pero el cerebro tiene en su casa o en alguna otra parte, algo que le permite llevar adelante su plan.

—¿Y qué es?

—Toma el casco que te acabo de comprar, encanto, y vámonos.

—¿No quieres decírmelo?

—Por ahora, no.

Se ajustó el casco que le cubría la cabeza, quitó el caballete a la poderosa máquina y la puso en marcha. Luego, pidió a Evel:

—Sube, si es que no tienes miedo.

Evel subió a horcajadas y se abrazó a la cintura del hombre. La potente máquina comenzó a runrunear, alejándose de la cabina telefónica pública que les había servido para llamar desde Miami a Londres.

CAPÍTULO XIV

El chófer de *sir* Hotmont estacionó su automóvil en el aeropuerto privado.

Sir Hotmont descendió llevando en su mano un maletín alargado tipo médico. Una «Piper-jet» le aguardaba con el motor caliente.

Subió al pequeño avión que solía utilizar como aerotaxi en muchos de sus viajes, lo mismo de orden internacional que nacional.

—Bien venido a bordo, *sir* Hotmont —le saludó el piloto.

—Hola. ¿Todo bien?

—Sí, ya tenemos permiso de vuelo.

—Pues, adelante, no esperemos más, tengo prisa.

—Lo que usted mande, *sir* Hotmont.

La Piper despegó. El viaje iba a ser largo y *sir* Hotmont se tendió en la litera. Pasaron las horas. Hicieron escala en Miami y prosiguieron viaje. Volaban ya por el Caribe cuando *sir* Hotmont se acercó al piloto.

—Hay que utilizar la radio para encontrarlos.

—¿Qué frecuencia?

Sir Hotmont le pasó una nota.

—Bien.

El piloto preparó su potente emisor-receptor y luego abrió la comunicación.

—¿Quiere que llame a alguien?

—No, no, usted siga hacia el sur, yo llamaré —dijo *sir* Hotmont cogiendo el micrófono de mano.

—Como quiera, *sir* Hotmont. Aquí no estorbamos a nadie en vuelo, la radio es de frecuencia pesquera.

—Sí, sí. Aquí Tiburón Rojo llamando a Tiburón Azul, repito,

aquí Tiburón Rojo llamando a Tiburón Azul.

El piloto le observó de reojo. Hubo de llamar por espacio casi de quince minutos hasta que consiguió una respuesta.

—Tiburón Azul respondieron a Tiburón Rojo, Tiburón Azul respondiendo a Tiburón Rojo, cambio.

—Todo bien, cambio.

—Magnífico, Tiburón Rojo —aplaudió la voz del ex sargento Morgan, un hombre que se negaba incluso a alejarse del color verde que había vestido durante años y de donde cobraba su pensión como mutilado de guerra.

—Tengo que darte una sorpresa.

—¿Cuál sorpresa, Tiburón Rojo?

—La buena pesca merece una recompensa, cambio.

—De acuerdo. Un momento, voy a comprobar la situación...

Sir Hotmont aguardó hasta que Tiburón Azul regresó junto al receptor de radio dando sus coordenadas de situación. Cuando las hubo escuchado, *sir* Hotmont preguntó a) piloto:

—¿Ha oído?

—Sí, *sir* Hotmont.

—Ése es nuestro destino.

—Eso no queda lejos, *sir* Hotmont.

El piloto modificó ligeramente el rumbo y prosiguió viaje. Media hora más tarde, el piloto señalaba hacia el mar.

—No veo nada —dijo *sir* Hotmont, calándose unas gafas—. Pierda altura.

—En seguida.

El aparato efectuó un giro y descendió. Al fin, ya sólo a unos tres mil pies de altitud, *sir* Hotmont pudo ver lo que le indicaba el piloto.

—Son dos lanchas juntas, como dos pequeños yates.

—Un momento. —El anciano *sir* Hotmont volvió a llamar por el emisor—. Tiburón Rojo llamando a Tiburón Azul, cambio.

—Tiburón Azul respondiendo a Tiburón Rojo, cambio.

—Tiburón Azul, ¿van dos lanchas juntas?

—Sí, Tiburón Rojo, es el yate de Morgan.

—No digas más. Poned rumbo a Maracaibo.

—Mi hermana Morgan se irá a Panamá.

—¿Y el tiburón?

—Perfecto y listo.

—Magnífico, Tiburón Azul, felicidades, todo ha salido muy bien. Nos veremos en Maracaibo, cambio.

—De acuerdo, cambio y cierro.

Sobre la cubierta de la tiburonera, Bob Morgan abrazó a su hermana que saltaba de júbilo mientras en el yate que ahora iba tras ellos, rugía el leopardo; él mar no le gustaba.

—¡Somos millonarios, Morgan, millonarios!

—¿Estás seguro, Bob?

—Sí, millonarios en marcos, y verás qué otros negocios haremos.

—No sé, Bob. Llámalo como quieras, intuición femenina quizá, pero tanta suerte me escama. —Miró la cara de su hermano, marcada con la cicatriz, y añadió—: Nunca hemos tenido suerte del todo, hasta tú perdiste la guerra en que te viste metido.

—Bah, eso son cosas de políticos, no nuestras.

La Piper-jet que volaba en círculo en el cielo dejó de sobrevolarles.

—A casa —ordenó *sir* Hotmont.

—¿No ha dicho que va a Venezuela?

—Sí, pero antes tengo que resolver unos asuntos. A casa.

—Lo que usted diga, *sir* Hotmont.

La Piper-jet comenzó a alejarse. *Sir* Hotmont se situó detrás, en un asiento junto a una ventanilla. Abrió el maletín y de su interior extrajo aquella especie de walky-talkie que también tenía Bob Morgan.

Estiró la antena telescópica y quitó una especie de seguro que había sobre un botón rojo para que éste no se pudiera pulsar accidentalmente. Apoyó el dedo pulgar sobre el botón rojo y gruñó:

—Adiós, Tiburón Azul.

El botón rojo del controlador y detonador remoto electrónico se hundió. *Sir* Hotmont miró por la ventanilla.

La mina marina estalló dentro del falso tiburón que la tiburonera «Two Jaws» llevaba en su bodega, junto con otras que igualmente estallaron.

Las dos embarcaciones se vieron rodeadas por un gigantesco y amplio surtidor de agua en cuya cresta surgía una densa humareda.

Cuando el agua descendió de nuevo, las embarcaciones habían desaparecido esparciendo cientos de pedazos en derredor. El

tiburón mortal había sido la terrible trampa en la que los propios mellizos Morgan fueron las víctimas.

Sir Hotmont observó al piloto de la Piper que, preocupado en mirar hacia el frente, no se percató de lo que ocurría tras él.

Sir Hotmont suspiró, diciéndose a sí mismo:

—Bien, todo bien, los Morgan ya no hablarán...

—¿Decía algo, *sir* Hotmont?

—No, no, sólo que necesito descansar un poco, los años pesan.

EPÍLOGO

Sir Hotmont entró en su residencia con paso rápido y seguro.

Al entrar en su despacho particular, se encontró con Evel y Diavolo, este último con el rostro oculto bajo el casco.

—¡Evel, querida!

—Al fin ha llegado, *sir* Hotmont.

—Sí, he llegado... Por cierto, Diavolo, ¿qué hace usted aquí, por qué no está persiguiendo a esos criminales? Le estamos pagando y muy bien, son muchos millones los que la United Petroleum Corporation ha tenido que desembolsar.

—Sí, para que se los quede usted en la cuenta suiza.

—¿Qué dice, se ha vuelto loco?

Evel, pálida, miraba a uno y a otro alternativamente, sin osar intervenir, mientras permanecía sentada en una butaca.

—Vamos, *sir* Hotmont, yo tenía que investigar, no ejecutar. Debía descubrir a los saboteadores y a la mente que lo planeó todo.

—¿Y ya lo ha averiguado?

—Sí. Los Morgan y sus secuaces han sido los ejecutores, pero usted es la mente que lo planeó todo.

—Tonterías. ¿A quién espera convencer con eso, Diavolo?

—Al mundo, para que sepan quién es usted realmente. Le creía un hombre rico, pero han debido irle muy mal las cosas y no ha tenido otra idea mejor que convertirse en un chantajista criminal con un plan infernal. No ha vacilado en sacrificar docenas de vidas humanas con tal de cobrar veinte millones de marcos.

—¡Salga de este despacho! —bramó—. ¡No tolero que me calumnie!

—Calma, calma, usted lo tenía todo muy bien planeado desde el principio. Utilizó a Bob Morgan y a sus secuaces para llevar

adelante su plan, estaba seguro de que lo harían bien porque posiblemente ya los empleó anteriormente en algún otro trabajo. Se alió con ellos y los Morgan compraron todo el material bélico necesario a Shorenson alias «el Canguro». Volaron la plataforma petrolífera después de pedir diez millones que estaba seguro no iban a darle, pero su plan era pedir veinte y para ello debía imponer el terror.

—¿Qué trata de conseguir con tantos embustes?

—*Sir* Hotmont, usted lo calculó todo para que no se sospechara en absoluto de su persona, por eso planeó el rapto de su propia nieta, haciéndola viajar al lugar adecuado. Sabía dónde debía estar y que pese al rapto, la tratarían bien, todo eso cuando ya sabía que yo perseguiría a los Morgan y que terminaría rescatando a Evel. De este modo, en apariencia aún quedaba más libre de culpas. ¿Quién iba a sospechar que ordenaría raptar a su propia nieta? Se convertía usted en víctima y no en posible culpable; pero, siempre hay un «pero» todo resultaba demasiado sencillo y se me ocurrió que debía buscar un potente emisor-receptor con el que se pudiera comunicar con los Morgan que estaban en alta mar. No cabía pensar que se comunicaban por teléfono si no por radio y usted tenía una antena exterior de emisión. Hemos buscado y detrás de este armarito tiene el emisor-receptor con un magnetófono de conexión automática incorporado.

Abrió el armarito, mostrándoselo; *sir* Hotmont estaba ahora muy pálido.

—¿Qué le parece si oímos la cinta? Yo ya la he escuchado, Evel también. Hemos sabido de su viaje por el Caribe, todo ha quedado grabado aquí automáticamente.

Lo puso en marcha y sonaron las voces de Bob Morgan y del propio *sir* Hotmont.

—... Tiburón Azul llamando a Tiburón Rojo...

—Está bien, Diavolo, no siga, ha ganado, claro que una cinta de poco servirá en un juicio.

—Es cierto, *sir* Hotmont, una cinta no sirve, pero sabemos quiénes son los ejecutores.

—¿Los Morgan?

—Usted lo sabe mejor que nosotros. Cuando lleguen a Venezuela serán detenidos, la Interpol meterá mano en este asunto.

—Bah, no servirá de nada, los Morgan jamás llegarán a Venezuela.

—¿Ah, no?

—Ni a Venezuela ni a ninguna otra parte, jamás podrán acusarme.

—¿Muertos?

—Han sido tan estúpidos de llevar encima las minas con detonador por control remoto.

—¿Los ha enviado usted al infierno?

—Sí, yo los he hundido. —Soltó una carcajada tan agria como cascada—. He ganado la partida, Diavolo, ellos no podrán acusarme y no va a pretender que mi nieta sea mi propio testigo de cargo, ¿verdad?

—Su nieta, no, pero los hombres de Scotland Yard, sí.

De detrás del sofá se levantaron tres hombres, uno de ellos llevaba el uniforme de bobby. *Sir Hotmont* palideció.

—En nombre de la ley, queda arrestado, *sir Hotmont* —comenzó a decir el inspector de Scotland Yard.

Evel bajó los ojos y se dirigió hacia la salida. Diavolo fue tras ella, cogiéndola del brazo.

—Mantener una vida de constante lujo cuesta mucho, Evel, y hay quien no sabe prescindir de ella. ¿Te parece que demos una vuelta en moto?

—Llévame adonde quieras, Diavolo, pero lejos, lejos de aquí.

La moto oscura runruneó, alejándose sin demasiada prisa. Evel era un paquete muy delicado que no debía sufrir ningún daño.

Diavolo notó sobre su espalda el rostro femenino y tuvo la impresión de que lloraba en silencio. No dijo nada, el tiempo y el amor que iba a dedicarle cicatrizaría la herida abierta por la que escapaban las lágrimas.

FIN



RAFAEL BARBERÁN DOMÍNGUEZ (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio.

Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudet o Silver Kane.

Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir.

La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos solo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués.

Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas.

Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olympic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror.

Una de sus novelas del oeste, *Cinco mil dólares de recompensa*, fue llevada al cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein.

Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas.